

FRANCISCO VILLAESPESA

Tierra de
Encanto y
Maravilla



BIBLIOTECA SOPENA



123
Rafael



TIERRA DE ENCANTO Y MARAVILLA

R. 67.212
1
AV
334

:: :: BIBLIOTECA SOPENA :: ::

FRANCISCO VILLAESPESA

TIERRA DE ENCANTO
Y MARAVILLA

POESÍAS

MÉXICO, 1918



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 ▲ 97



Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

BRINDIS

A LOS POETAS MEXICANOS

Hermanos ; con el alma deslumbrada
contemplo esta ciudad de maravilla,
que reclinada entre jardines brilla
de soberbios volcanes coronada.

Nada encontró tan bello la mirada,
pues junta a la nobleza de Castilla,
la gracia melodiosa de Sevilla
y el encanto Oriental de mi Granada.

Para loar sus parques soberanos,
el porte señorial de sus hermosas,
sus claros cielos y sus lagos tersos,

dejar quisiera como ofrenda, hermanos,
todo mi corazón trocado en rosas,
y el alma entera, transformada en versos...

TARDES DE XOCHIMILCO

A RAFAEL LÓPEZ

1

¡Tardes de Xochimilco!... ¡Siderales
arabescos de azul, de oro y de grana,
va bordando la tarde, en la liviana
esmeralda oriental de los canales!

Con tornasoles de pavos reales
la florida ribera se engalana,
mientras mis joyas de coral desgrana
el fragante collar de los rosales.

Las sedas del silencio rasga el remo ;
el agua, herida, se estremece, roja
hasta palidecer... ¡ Y en el supremo

encanto de esta hora de zafiro,
la carne, como un lirio, se deshoja,
y el alma se va como un suspiro !...

II

¡ Jardines policromos y flotantes
donde el incendio de la tarde brilla...
Xochimilco, en azteca, y Canastilla
de Flores, en la lengua de Cervantes !...

Al pie de un ahuehuete, en la ribera,
una rústica choza que recama
la piedad de una vieja enredadera

de verdes hojas y de rojas flores...
Y el corazón, en un suspiro, exclama :
— ¡ Bello lugar para morir de amores !

III

La barca se desliza suavemente
sobre el incendio de la tarde... ¡ Toma
el aire suavidades de paloma
al perfumar de ensueño nuestra frente !...

¡ La fábula de oro del Poniente
en el verde cristal se apolicroma
y en todo se difunde un vago aroma
y una antigua tristeza transparente !...

En el silencio su dolor ahueca
el sollozar de una canción azteca
que entona un indio sobre una piragua...

¡Y oyendo el eco de su canto, vemos
que lágrimas de luz lloran los remos
y se desgrana el corazón del agua!...

IV

¿Qué añora la canción?... La cristalina
serenidad acuática se queja,
al sentir en su seno aquella «vieja
lágrima» de dolor que cantó Urbina.

¡ Con la luz que en los árboles declina
el eco errante del cantar se aleja,
y en el cristal crepuscular se espeja
el ruiseñor que en nuestras almas trina !...

La barca se detuvo... ¡ En un supremo
silencio naufragó el eco vago
de la canción, y entre la sombra, el remo

saudoso de sus líricas querellas,
volvió a caer sobre lo azul del lago,
lagrimeando un resplandor de estrellas!...

V

Resbalaba la barca entre la espuma
con la humildad sumisa de una esclava...
La gloria del crepúsculo evocaba
el fausto de algún viejo Moctezuma.

La suavidad del aire era una pluma
que sus trenzas de ébano peinaba,
y, a lo lejos, muy triste, sollozaba
una flauta encantada entre la bruma.

Reclinaste en mi seno la cabeza...
La tarde desangróse en el zafiro
que entre tus dedos otro lago evoca...

¡Y toda la romántica tristeza
de la tarde otoñal se hizo suspiro,
y, se escapó, temblando, por tu boca!...

VI

Ibamos lentamente... La ribera
en la crepuscular policromía
se enjoyaba de luz, como si fuera
cada árbol un joyel de pedrería.

El agua era un jardín en Primavera,
y tu mano temblaba entre la mía,
como diciendo a mi ansiedad : ¡ Espera !...
¡ No ha sonado tu hora todavía !

En un recodo del ramaje espeso,
cayó en mis brazos tu ramaje intacto,
vencida tu postrera desconfianza...

¡Y todo el sol de mayo se hizo beso
para sellar el imposible pacto
de este infinito amor sin esperanza!...

VII

Con la unción religiosa de una santa
en éxtasis de amor desvanecida,
la tarde, en la ribera florecida
en un polvo de luz borró su planta.

La fe que salva y el amor que encanta
desligaron sus brazos de la vida,
y una triste canción de despedida
sollozaba un centzontle en tu garganta.

Ibamos a partir. Lloraba el cielo
lágrimas de celeste desconsuelo
en las lagunas trémulas y hurañas...

¡ Toda la angustia de tu raza fiera
se hizo gota de llanto en tus pestañas
para que yo, de hinojos, la bebiera !

VIII

El panorama es como un alarde
de paz y de silencio... ¡ Todavía
queda un poco de oro y pedrería
en las tibias cenizas de la tarde !

Si tiembla junto a ti, mano cobarde,
¿ qué te impide de nuevo hacerla mía?...
¡ Por mirarme en sus ojos, yo daría
más sangre y oro que en las aguas arde !

¡Silencio hecho para el beso ; calma
formada para desnudar un alma,
y a otra alma más tímida ofrecerla !...

¡Tarde de otoño para amar creada,
tu recuerdo será como una perla
que se muere de amor en su mirada !

IX

Entre el marco de árboles que encierra
tu tersura, pareces, adormido,
un pedazo de cielo desprendido
para alegrar de claridad la tierra.

El agua cristalina de la sierra
no es más pura que tú... Nunca ha existido
olvido más profundo que tu olvido
contra tanta inquietud y tanta guerra.

En tu zafiro astral y transparente
humilde y niño el corazón se siente,
purificado de todo deseo...

¡ Y al mirarte tan límpido y tan hondo
me parece que trémula en el fondo
de los ojos de Dios, mi imagen veo !...

X

Prendió en tu altiva frente nazarena
como un turbante de ilusión la Luna,
y, al reflejar tu rostro, la laguna
purificóse en lumbres de azucena.

¡ Un lucero engarzóse en la serena
languidez de tus ojos de aceituna ;
durmió la barca su vaivén de cuna,
y un remo, al encallar, lloró su pena !

Todo es silencio de zafiro y nieve...
El cielo, sobre el lago, estrellas llueve...
¡Y, herida por las lumbres nacarinas

que la Luna romántica ríela,
desgranar, en perfumes de canela,
su rojo corazón, las clavellinas!...

XI

¿Por qué tornar al mundo?... ¡Por qué, her-
[mano
barquero, quieres en tu adusto empeño
hacerme ver que todo ha sido un sueño
soñado en una tarde de verano!...

¿Qué me espera en la vida? ¡El odio humano,
la inquietud, la traición... Ningún risueño
labio sin hiel me llamará su dueño,
ninguna mano estrechará mi mano!

Aquí vivo una vida que no tiene
límites ni barreras ; nadie viene
a turbar mis románticas querellas.

¡ Deja que, enamorado de los cielos,
arroje en estas aguas mis anzuelos,
como un demente pescador de estrellas !

XII

La corriente deslízase serena,
y al reflejar el celestial zafiro,
se hace tan transparente, que hasta miro,
allá, en el fondo, fulgurar la arena.

Igual que un arpa de cristal resuena
en su ondulante y cadencioso giro,
y la onda al pasar, es un suspiro
que borda espumas en la orilla amena.

En la esmeralda de la tarde estiva,
contemplando su imagen silenciosa
transparecer en la corriente pura,

sólo una inmóvil garza pensativa
enciende al sol su pincelada rosa
entre el áureo verdor de la espesura.

XIII

La tarde con sus mágicos pinceles,
derrochando tesoros imperiales,
enjoya de amatistas los canales
y alumbra las chinampas de claveles.

Las flores se transforman en joyeles
y el ramaje en incendios de corales,
al trinar, en los fúlgidos cristales,
batallas de artificios de vergeles.

Relámpagos de ópalo, topacios
y granates deslumbran los espacios,
y al disiparse el resplandor postrero,

de tan regio esplendor sólo nos queda
la lágrima de plata de un lucero
llorando en el carbón de la arboleda.

XIV

En el silencio del canal florido
que el fasto del crepúsculo decora,
entre el verdor de las chinampas llora
un lejano laúd su amor perdido.

¡ Y nuestro corazón entristecido,
en la escenografía de la hora,
romanticismos de Venecia añora,
desenterrando sombras de olvido !



¡ Por nuestros sueños de cristal resbala
una góndola errante, como un ala,
mientras la tarde augusta, que en un vago

remanso de zafir se tornasola,
como un pavo real abre, en el lago,
el florido arco iris de su cola !...

XV

¡ Barca que pasas en la tarde rosa,
igual que el ataúd lleno de flores
de una princesa que murió de amores,
esfúmate en la noche silenciosa !

¡ Oh, solitario corazón, reposa !...
¡ Nada a la vida ni al amor implores !...
¡ El ocaso amortaja sus fulgores,
y en el silencio azul se abre una fosa !

Se disipa la luz como un suspiro
de atenuidad... ¡ Y toda el alma mía
—esmalte de dolor en un zafiro—

adquiere esos matices tan suaves
de la sentimental policromía
de los paisajes de Gilberto Chaves !

NOCTURNOS URBANOS

A JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

I

Vibra el grillo sus crótalos agudos...
En el charco de lluvia en que se espeja,
muestra orgullosa, una casona vieja
la heráldica altivez de sus escudos.

Agigantando sus contornos rudos
pasa una sombra, y trémula se aleja,
apagando la luz de la calleja
el eco errante de sus pies desnudos.

En el silencio azul teje la luna
randas de encajes... En el reloj de alguna
torre colonial tiemblan las doce,

mientras la noche de tristeza dora
un piano romántico que llora
un canto popular de Manuel Ponce.

II

La esponja de la sombra desyanece
perfiles y contornos... Como humanas
pupilas se cerraron las ventanas ;
y todo muerto de terror parece.

Lenta la brisa los ramajes mece ;
en la sombra se esfuman sombras vanas,
y hasta en la torre, el son de las campanas,
de fatiga y de miedo se adormece...

¡ Todo es silencio y paz... de pronto una
maravillosa claridad de luna,
rasga la angustia del paisaje obscuro,

y, herida por sus vivos resplandores,
la bugambilia se desangra en flores
sobre la anciana palidez del muro!...

III

Al fondo de la espléndida avenida
Chapultepec esfuma su silueta
imperial... La ciudad yace en la quieta
penumbra de la noche adormecida.

¡Gota a gota desángrase la vida,
la brisa acalla su inquietud secreta,
mientras sobre la paz de la glorieta,
en su marmórea soledad florida,

un Cuauhtémec de sombra, audaz sus brazos
a los cielos magníficos levanta,
cual si quisiera, a fuerza de flechazos,

para su sien empenachar con ellas,
derribar, una a una, ante su planta,
como águilas de oro las estrellas!...

IV.

Envuelta en sus monjiles atavíos,
en su celda, Sor Juana, escribe a solas
una de esas comedias españolas
en que hay celos, amor y desafíos...

¡ Al evocar tan locos extravíos
tienen sus senos palpitar de olas,
en su tez se desangran amapolas
y un beso muere entre sus labios fríos !

¡ Y, mientras ella, silenciosa escribe,
algún drama que sueña y que no vive,
a solas con su triste pensamiento,

por la luz celestial de su mirada
un Conde y un Virrey cruzan la espada,
al pie de las ventanas del convento !

EL CABALLITO

Jamás Apolo a su cuadrilla uncido
vió un corcel tan gallardo y elegante,
ni de Cleemenes el cincel triunfante
en un friso pentélico ha esculpido
nada en gracia y belleza parecido,
nada en vigor y en fuerza semejante
al caballo de bronce que arrogante
sobre su pedestal se muestra erguido.
Cuando en Chapultepec la tarde muere,
del pobre Carlos cuarto, la figura,

que aurifica la luz del sol lejano,
por cabalgar en tal corcel, adquiere
el heroico ademán y la postura
de un victorioso Emperador romano.

ALMA AZTECA

I

EL INDIO

Al sol duerme sus siestas en la plaza,
reclinada en el brazo la cabeza...

Mas, si vibra el clarín se despereza,
y, alegremente, su fusil abraza,

y va a morir, como quien va de caza,
pues dos joyas aun guarda, en su pobreza ;
el desprecio a la vida y la pereza,
las dos grandes virtudes de la raza...

Por un vaso de pulque lo da todo,
ni olvida ni perdona sus agravios,
y, profundo filósofo a su modo,

para todo en la vida alegre y grave,
siempre tiene en la astucia de sus labios
un fatal y enigmático ; quién sabe !...

II

LA SOMBRA HEROICA

¿En dónde está la raza de condores,
libre y audaz, indómita y bravía,
que al quemarle las plantas sonreía,
asombrando a sus propios opresores.

Y burlona y altiva, a los clamores
de la angustia y el miedo, respondía :
—¡ Acaso imaginó tu cobardía
que descanso en un tálamo de flores !?—

¡ El alma de esa raza está viuda !...
El odio de Caín mata sus bríos,
y en contienda interior se despedaza...

De Cuauhtémec la sombra hosca y ceñuda
le pregunta a sus hijos :—Hijos míos,
¿ qué habéis hecho del bronce de mi raza ?

III

LA VOZ DE CUAUHTÉMEC

De Cuauhtémec la voz prosigue airada :
—¡ Cese ya la contienda fratricida,
que exhausto el corazón por tanta herida,
la patria se desploma desangrada !

¡ Abandona el fusil, toma la azada,
y tu olvidado patrimonio cuida,
y en un abrazo fraternal unida,
para luchar mejor templa tu espada !...

Mientras cava tu propia sepultura,
el hombre rubio de mirar de acero,
acecha, con las armas en la mano...

¡ Y puede haber otra Malinche impura
que entregue, con su cuerpo, al extranjero,
el porvenir del pueblo mexicano !

IV.

EL DESIERTO

¡Tierra parda, sayal de penitente,
sucio de polvo y por el sol comido!...
¡En tu seno el silencio se ha dormido
y ni una brizna palpar se siente!

¡En tus surcos secóse la simiente,
porque tu corazón empedernido,
para llorar sus cuitas no ha tenido
ni el suspiro de plata de una fuente!

¡ Llanura estéril de leprosos oros
que exudas fiebres por tus secos poros!...
Sólo turban tu fúnebre concierto

algunos montes calvos y gibados...
¡ Camellos de fatiga arrodillados,
que agonizan de sed en un desierto!

V

LA ESTACIÓN

¡ Retorcidas en bruscas contorsiones
y en pavorosos gestos de agonía,
enseñan, a lo largo de la vía,
osamentas de hierro los vagones !

¡ Cicatrices de rotos murallones
se abren en la confusa lejanía ;
estaciones que humean todavía
y son como esqueletos de estaciones !

¡ Un negro zopilote en el alambre
del telégrafo, grazna y aletea,
alborozado de saciar su hambre !...

¡ Y con su pico rojo y encorvado
como frutos maduros, picotea
las oscuras pupilas de un ahorcado !

VI

EL TAMBOR DE LOS YAQUIS

¡ El mastín con el lobo no se bate
con tal ferocidad ; cada calleja
truécase en baluarte... Ni una queja
exhala el labio que la muerte abate !

¡ Mientras la vida en las arterias late
la mano heroica de matar no cesa,
y en cien charcos de sangre se refleja
la bárbara epopeya del combate !

¡ Resplandores de incendio el aire lanza ;
el humo de la pólvora envenena ;
botes de espanto la metralla vierte,

y, en medio de aquel campo de matanza,
el tambor de los yaquis ronco suena
como un redoble trágico de muerte !

VII

LA SOLDADERA

Tras el heroico batallón camina,
andrajosa, descalza y desgredada,
con los hijos a cuestras, y, terciada,
sobre el hombro también la carabina.

Sobre el herido sin temor se inclina,
y recogiendo el arma abandonada,
defiende la trinchera amenazada
con ímpetus salvajes de heroína.

¡ Y, cuando a metrallazos, los cañones,
barren el grupo heroico de leones,
convirtiendo en escombros la trinchera,

sola, entre el polvo, de su gloria ufana,
ella será la última que muera
envuelta en la bandera mexicana !

VIII

EL FUSILAMIENTO

Le hicieron prisionero en la contienda,
en la roja contienda fratricida,
e iban a fusilarle, en una senda,
como su juventud, verde y florida.

De sus pupilas apartó la venda,
y, dijo, altivo, con la frente erguida :
—¡ Permitid, capitán, que un puro encienda,
pues quiero entrar, fumando, en la otra vida !—

Sin un temblor de mano encendió el puro ;
recostó la cabeza sobre el muro...
¡ Fuego !... clamaron voces impacientes...

y, sonriendo, sin temor, sin ira,
ensangrentado sobre el muro expira
con el puro humeando entre los dientes...

IX

EL CHARRO

Xarape de Saltillo, al hombro echado ;
calza espuelas de plata repujada,
y toca la melena alborotada
amplio sombrero de oro recamado.

Calzón de áureos botones ajustado ;
chaquetilla de cuero adamascada,
y un aire de fiereza en la mirada
y un buen par de pistolas al costado ;

y, tendido en la silla, en la carrera,
cuando con la reata audaz ensaya,
un círculo mortal su férrea mano,

fuera un centauro, si el centauro fuera
tan bravo en el fragor de la batalla
como el heroico charro mexicano.

A UNA MEXICANA

¡ Sevillana de América. Suspirar sueles
al son de la guitarra tristes afanes,
y al cantar tus palabras destilan mieles
y esculturizan sueños tus ademanes !

¡ Tienes labios más frescos que tus claveles,
del beso y la caricia vivos imanes,
y hay en tus negros ojos, grandes y fieles,
encerrado más fuego que en tus volcanes !

Morena como el bronce de las gitanas,
cruzas con la indolencia de las sultanas,
recostada en las flores de tu calesa...

¡ Y al verte las pupilas ciegan de gozo,
pues te llevas el alma de amores presa,
en la gracia andaluza de tu rebozo !

DON BENITO JUÁREZ

PARA DIMAS CARABIAS

¡ Ojos de profeta, frente de osadía,
corazón de águila y alma de león,
contra las banderas de la tiranía
alzó el estandarte de la rebelión !...

¡ Como el Nazareno, también tuvo un día
en el Paso un nuevo Jueves de Pasión,
mas le dió Querétaro, la ciudad bravía,
su Sacro Domingo de Resurrección !...

¡ Y hoy sobre los montes y sobre los mares,
eleva la austera figura de Juárez,
el sonoro bronce de su eternidad,

mostrando al heroico pueblo mexicano
la Justicia, símbolo de fe, en una mano,
y en la otra la enseña de la Libertad!...

TIERRA CALIENTE

I

LA JARANA

Preludian las guitarras, bordoneantes,
la languidez melosa de las jaranas,
y a sus sonos, mestizas de ojos errantes,
más negros que los ojos de las gitanas,

con los lúbricos dedos castañeantes,
bajo blancos hipiles muestran ufanas
el ámbar de sus sonos, insinuantes,
y el bronce de sus tibias formas paganas.

Los labios encendidos destilan mieles ;
las plantas de lujuria repiquetean,
y los talles ondulan como palmares,

agitando en sus giros cual cascabeles,
las monedas de oro que tintinean
en el bárbaro lujo de sus collares.

II

LOS CENOTES

Se amodorra de asfixia la perspectiva,
y como una cantárida voluptuosa,
la brisa con su aliento de brasa viva,
levanta ampollas donde los labios posa.

La abeja del silencio sopores liba,
y en la floresta en llamas donde reposa,
suda sangre la obscura hiedra lasciva
y desfallece en llantos de luz la rosa...

Nuestra carne es un joven sátiro en brama
que encendida en ardores por tanta llama,
sueña, que desgarrando con mano ruda

un blanco hipil de seda por los escotes,
una Venus de bronce y ámbar, desnuda
en la fresca esmeralda de los cenotes.

III

LA HAMACA

Nocturnos tropicales. Las palmeras,
ungen en el silencio cristalino
la esbeltez de su talle femenino
y el oro de sus rubias cabelleras...

Con las fragancias de sus primaveras,
el alma del jardín es como un vino
que nos va adormeciendo en un divino
sueño de palideces y de ojeras...

En una suavidad de terciopelo
evapora la noche su belleza,
y bajo el mosquitero azul del cielo,

y en un vaivén isócrono de cuna,
el alma se extenua de pereza
en la hamaca de plata de la Luna...

IV

LA GARZA

Del remanso en los límpidos cristales,
de la celeste calma matutina,
esmaltan y refrescan su divina
esmeralda oriental, los cafetales ;

esponjan su frescura los milpales ;
curva la palma su silueta fina,
y su doliente cabellera inclina
la religiosa unción de los sauzales.

Todo es verde y azul : la paz del cielo,
la frescura fragante del ramaje
y la corriente clara y silenciosa...

Sólo una garza, al desplegar su vuelo,
sobre lo azul y verde del paisaje
traza una leve pincelada rosa.

V

EL CAIMÁN

En la paz celestial de las alturas,
cual velos de quiméricas huríes,
nubes blancas, doradas, carmesíes,
despliegan sus eternas vestiduras.

Garzas de epitalámicas blancuras,
guacamayos, centzontles, colibríes,
enjoyan la floresta de rubíes,
topacios, perlas y amatistas puras.

En la ilusión de la corriente brilla
un zafiro de mística pureza...
Cruzan nubes moradas, rojas gualdas...

Y en la arena de oro de la orilla,
al sol, la incuria de un caimán, bosteza
resplandores de vivas esmeraldas.

VI

LOS JAGUARES

La selva impenetrable como el granito
es un órgano inmenso donde resuena,
con los sordos rumores de una colmena,
los mil ecos dispersos de lo Infinito.

A veces, en la sombra, revuela un grito,
igual que el alarido de un alma en pena,
y de raudos chispazos de luz se llena
como el sulfúreo paso de un aerolito.

La noche de clamores se va poblando
cual un monstruo invisible que, resollando,
de una legión de monstruos sigue la huella...

¡Y, en las foscas tinieblas de los manglares,
fosforece el misterio de las estrellas
en los ojos enormes de los jaguares!

VII

LOS VENADOS

En el silencio desciende de los caobales
que coronan las cumbres de las montañas,
se enreda en las lianas de las cabañas,
y se duerme en las luces de los juncales.

Hilan en el silencio los bejucales
las redes irrompibles de la maraña,
y se eleva orgulloso sobre su caña
el índico penacho de los milpales.

¡ Mas de pronto atraviesa por los sembrados,
y los bosques silentes, igual que una
tempestad que a su paso todo lo mata,

el galope salvaje de los venados,
en cuyas cornamentas deja la Luna
jirones luminosos de oro y de plata !

LAS CIUDADES DE MÉXICO

I

MÉRIDA

Ciudad fragante, que un vago aroma
de ensueño exhalas,
blanca y suave como las alas
de una paloma ;

tan luminosa, tan deslumbrante
como una aurora de Primavera
sobre un sonoro mar de diamante,
y tan altiva, bizarra y fiera

como las torres y los leones
que como timbres de eterna gloria,
sobre el orgullo de sus blasones
españolizan su ejecutoria...

¡ Alegre puerto de la esperanza
cristal que todo dolor zafira !...
¡ Tu nombre tiene ritmos de danza
y melodiosos sonos de lira !...

¡ Para el cansancio del peregrino
que al azar, vaga, sin rumbo cierto,
te abres, en medio de su camino,
como un oasis en un desierto !...

Tu cielo dice : ¡ La pena olvida
bajo el hechizo que me embalsama !
Tus aves frinan : ¡ Canta la vida !
y tus rosales suspiran : ¡ Ama !

¡ Y el peregrino, maravillado,
a un amor nuevo su canto ofrenda,
y a Dios bendice porque le ha dado
tan bello oasis para su tienda !...

¡ En los edenes de tu llanura,
con llamarada de incendio brilla
la egrégia pompa de tu hermosura,
como una rosa de maravilla !

Bordan de perlas y de esmeraldas
soles y lunas, tu blanca veste,
y el claro cielo por tus espaldas
tiende su regio manto celeste.

¡ Y para adorno del atavío
con que decoras tu cabellera,
chaes de llama te da el Estío
y velos de oro la Primavera !...

¡ Son dos pichones tus senos presos
en transparente red de zafiros !...
¡ Tus aves trinan como suspiros,
y hasta tus brisas saben a besos !...

¡ Ciudad de ensueño, ciudad de encanto ;
rosa de fuego, que en luz te ofrendas,
y tan antigua por tus leyendas
y tan moderna por tu adelanto !...

Nada tus claros timbres empaña
leal y noble, pródiga y justa,
como tu madre, la más augusta
de las ciudades viejas de España...

¡ Como ella tienes pardas callejas,
viejos palacios y sacras ruinas,
en donde anidan las golondrinas
de los romances y las consejas !...

¡ Como ella tienes rejas labradas,
puertas ornadas de lambroquines,
que hablan de citas, de bandolines,
de dulces besos y cuchilladas !...

¡ Viejos conventos y campanarios,
por cuyos muros de toscas piedras
eternamente tienden las hiedras
las podredumbres de sus sudarios,

que con los dobles de tus campanas
tristes recuerdan al pensamiento
que serán polvo, ceniza y viento,
todas las necias pompas humanas !...

¡ En tus anales y tradiciones
y en tus escombros quedan reflejos
de el heroísmo de tus Cocones,
y de las glorias de tus Montejos !...

¡ Esos dos nombres te enorgullecen,
pues por las venas
que vigorizan y que ennoblecen
a tus patricias carnes morenas,

dándote a un tiempo luz y energía,
corre, a torrentes, la sangre maya
y en surtidores de sol estalla
la roja sangre de Andalucía !...

¡ Ciudad moderna, que una armoniosa
colmena de áureo panal semeja ;
fastuosa como la mariposa
y laboriosa como la abeja !...

¡ Ciudad de ahora, que resucitas
en tus calzadas y en tus paseos
los festivales y cabrilleos,
de las ciudades cosmopolitas,

mientras revuelan tus zopilotes,
y rememoran antiguas zambras
y hasta los gnomos, en las alhambras
de agua y perfume de tus cenotes ;

y las veletas, que en la indolente
tarde a la brisa giran ligeras
te dan la gracia de esas palmeras
que ornan los blancos puertos de Oriente !...

¡ Trabajadora como ninguna
tu patrimonio cuidas de día,
y ociosa cantas, bajo la luna,
y en los espasmos de tu alegría

tu luminoso mirar se pierde,
en resplandores, como una llama
por la llanura donde derrama
sus cornucopias el oro verde !...

¡ Ciudad de ensueño, junto a una fuente
de sortilegios como unas reinas
de un fabuloso cuento de Oriente
con luz de luna tus rizos peinas,

mientras tu regio perfil destacas
entre azucenas y entre azahares,
en la molicie de tus hamacas,
abanicada por tus palmares !

¡ Vela la noche tus alabastros,
y al contemplarte, muertos de celos,
llantos de platas, desde los cielos,
sobre tus ojos, lloran los astros !...

¡ Cuando en las noches de Vaquería,
en el misterio de tus jardines,
con las guitarras de Andalucía
rimas la gracia de tus chapines

y la arrogancia de tus caderas,
hasta los cielos pierden su aplomo,
y palidecen, mirando cómo
deshojas todas tus primaveras,

y las fragancias de tus abrils,
como divinas rosas tempranas
bajo la nieve de tus hipiles,
en los vaivenes de tus jaranas !...

¡ Y para verte se hace sonoro
el terciopelo de los capullos,
y lanzan vivas chispas de oro
las esmeraldas de los cocuyos,

pues con fulgores te divinizas
y con destellos de sol te enojas
y las pupilas de tus mestizas
y las miradas de tus criollas !...

¡ Adiós, oasis de encanto, donde
entre palmeras y entre claveles,
la dicha toda su luz esconde
y el amor guarda todas sus mieles ;

donde he vertido, a manos llenas,
como en las sedas de un relicario,
todo el tesoro de viejas penas
que transportaba mi dromedario ;

y he deshojado, viendo que avanza
en su sudario gris el olvido,
la última rosa de mi esperanza
sobre un ensueño desvanecido !...

¡ Al primer rayo de la mañana,
de tus verjeles su humilde tienda,
alzaré, errante, la caravana,
buscando nueva luz en su senda !...

¡ Mas, aunque ahora de ti me alejo,
algo muy puro queda contigo,
porque en recuerdo de amor te dejo,
para que amante le des abrigo

y cicatrices su sien herida;
lo que más vale de mi tesoro...
En este canto toda mi vida,
como «una perla montada en oro» !...

II

GUADALAJARA

¡Guadalajara!... ¡Guadalajara!...
¡La ciudad clara
que resplandece como un tesoro,

en los cristales de una laguna!...
¡Bajo el sol eres de nieve y oro,
de azul y plata bajo la luna!...

¡Centelleante de regias joyas,
bajo la augusta luz meridiana
suelto a las brisas tu blanco velo,

en tus jardines la sien apoyas,
con la indolencia de una sultana,
sobre alcalifas de terciopelo !...

¡ De noche labran tus alabastros
áureas alhambras de pedrería,
mientras te arrulla la Primavera,

y el claro cielo bordado en astros,
tiende la alegre policromía
de su lujosa capa torera !...

¡ Se enorgullece tu patriotismo
con la epopeya de tu heroísmo ;
y por tus timbres tan legendarios !

¡ y las hazañas que hay en tu historia,
sobre tus torres los campanarios,
eternamente tocan a gloria !...

¡ Guadalajara !... ¡ Guadalajara !...
¡ La ciudad clara,
de ojos de fuego, de tez morena,

al mismo tiempo dulce y bravía,
medio cristiana, medio agarena,
cual las ciudades de Andalucía!...

¡ En los arranques de tu alborozo,
bajo las sedas de tu rebozo
tu aristocracia de reina velas,

tan mexicana, tan española,
alegre como las castañuelas,
entre los dedos de una manola!...

¡ Los negros rizos que ornan tus sienes,
y las tinieblas de tu mirada
piden la gracia de la mantilla,

pues, al par, tienes
labios de fuego, como Granada,
y ojos de sombra, como Sevilla!...

Amas el fausto, la luz, los oros,
y las paganas fiestas de toros
y la andaluza reja florida...

Para ser una garrida maja,
sólo te falta llevar prendida
entre las ligas, una navaja...

¡ Bajo los rayos plenilunares,
en los boscajes y en los laureles,
de tus jardines,

perfuma el alma de tus cantares,
entre las llamas de tus claveles,
y entre la nieve de tus jazmines !...

¡ Cantares como gemir de aves,
como las brisas de las fontanas
espumeantes entre las peñas,

que nos evocan, dulces y graves,
las languideces de las murcianas
y las quejumbres de las rondeñas !...

¡ Patios de mármol, de luz y flores,
donde desgranan los surtidores
regios collares de pedrería ;

las filigranas de las cancelas,
los arabescos de las vihuelas,
como en los patios de Andalucía !...

¡ Guadalajara !... ¡ Guadalajara !...
¡ La ciudad clara
de amor y ensueño !... ¡ Cómo no quieres

que a tu presencia caigan de hinojos,
si el sol de España ciega en los ojos
alucinantes de tus mujeres !...

¡ Mujeres nobles como princesas,
que en sus donaires de golondrinas
y en sus siluetas de porcelanas,

mientas perfiles de cordobesas,
ojos y manos de granadinas
y pies y labios de gaditanas !...

¡ Cómo olvidarte, si tus callejas
me hablan de aquellas ciudades viejas
con ventanales llenos de flores,

donde en las noches de azul y plata,
con su divino llanto de amores,
perla el silencio la serenata !...

¡ Si en tus vergeles cautivo moro
como en aquellos que el Darro baña,
con sus fragantes aguas de oro !...

¡ Si en todo, en todo, te siento mía,
pues en ti, todo me evoca a España
y aún más que España, mi Andalucía !...

¡ Guadalajara !... ¡ Guadalajara !...
¡ La ciudad clara !...
¡ Oh, si la rueda de mi destino,

por un instante parar pudiera !...
¡ Entre las flores de tu pradera
vieras mi tienda de peregrino !...

¡ Mi tienda alzara, para ofrecerte
—hasta que ahogase mi voz la muerte—
en mis sonetos y en mis rondeles,

todas las flores de mis rosales,
todas las mieles de mis panales
y todo el vino de mis toneles !...

¡ Entonces fuera, con mi bizarro
y caprichoso traje de charro,
—calzón de áureas botonaduras,

rico zarape y amplio sombrero—
firme en la silla, sobre mi overo,
por la caligie de tus llanuras

en un galope desenfrenado
—pupila atenta, bridal alzado,
y ágil la mano como el deseo—

con mis reatas, a lanzar reses,
en los peligros y en los reveses,
regocijantes del jaripeo !...

¡ Y por las noches, bajo las bellas
sombras de luces de las estrellas
coquetamente mi tapatía,

de las guitarras al son suave,
mis rojos besos esquivaría,
en las mudanzas de tu jarabe,

mostrando a un tiempo, para incitarme,
y entre sus redes aprisionarme
bajo la sombra frágil y añada,

de su cabello suelto a la brisa,
la puñalada de su mirada,
y el navajazo de su sonrisa !...

¡ Y acrecentando mi calentura,
hasta prenderme vivas hogueras,
en lo más hondo de las entrañas,

con los vaivenes de su cintura,
los simulacros de sus caderas,
y los temblores de sus pestañas !...

¡ Visión que eres en mi camino
un espejismo con que el Destino
mi angustia engaña !... Mujer morena,

de ojos sombríos,
como mi pena,
—¡ojos que nunca podrán ser míos!...—

y labios rojos como claveles,
en cuyas mieles,
jamás mi enjambre libará besos;

¡clavados llevas, como una lanza,
este cariño sin esperanza,
hasta en los huesos!... ¡hasta en los huesos!...

¡Y sin quejarte, ni enrojecerte,
besas la mano que te da muerte,
y tus heridas unges con flores,

pues cual las novias de Andalucía,
sabe, si ama, morir de amores
en un suspiro, la tapatía!...

¡Guadalajara!... ¡Bendita seas...
por los claveles con que decoras
tus azoteas,

por los rosales con que engalanas,
las maravillas de tus auroras
y el paraíso de tus ventanas!...

¡ Por las joyantes policromías,
de tus ocasos y de tus días ;
por las estrellas y por las lunas

que con el iris de tantas gemas
bordan las glorias de sus poemas
en tus fragantes noches morunas,

por el estruendo de tus campanas,
por tus divinas danzas paganas,
en cuyos ritmos y balanceos

celebran bodas
al esculpirse, temblando, todas
las tentaciones de los deseos ;

por las pupilas de tus mujeres,
donde el Sol mismo su luz renueva,
porque ninguna nube te empaña,

y porque eres,
de las ciudades de España Nueva,
quien más recuerda mi Vieja España!...

CAMPECHE

I

Como los puertos de mi Andalucía
tienes un cielo, claro y sereno,
y un mar espejeante, en cuyo seno
todo adquiere esplendor de pedrería.

Te perfuman de amor y de poesía
lindas mujeres de perfil heleno,
de talle de palmar, rostro moreno
y ojos que una sultana envidiaría.

Abanicen tus sueños de pereza
los bosques que te dan sombra y riqueza.
¡ De tus montes, izados en las faldas,
sus troncos yerguen y sus ramas hilan,
cual bárbaros esclavos que vigilan
esgrimiendo sus lanzas de esmeraldas !...

II

¡ Ciudad colonial, cuyo arrogante
perfil de favorita circasiana
reclama el almaizal de seda grana
y la blanca pureza del turbante !...

¡ Ciudad colonial, de alma fragante,
luminosa y azul cual la mañana,
de cálida molicie de sultana
y corazón de heroico diamante !...

Ciudad colonial... ¡Fuerte divino!...
¡No hay maravilla en este mundo,
que ver morir tu atardecer marino,

en un relampagueo de sortijas,
en el fondo abismático y profundo
de las negras pupilas de tus hijas!...

III

¡ Tus regias pompas en el mar retratas,
mostrando en tus altivos torreones,
jaramagos de antiguas tradiciones,
y rojas cicatrices de piratas !

¡ Cuando en la noche tu cendal desatas
tu seno enjayan las constelaciones,
y sollozan tus lánguidas canciones,
las olas con sus dulces serenatas !...

¡ Y con sus muros rotos y amarillos,
la heroica vetustez de tus castillos,
que la hiedra ennoblece y enmaraña,

aún parece que espera todavía,
sondeando la celeste lejanía,
el arribar del galeón de España !...

I

SAN JUAN DE TEOTIHUACÁN

Montañas de nostálgicos perfiles
esfuman en la vaga lejanía
sus lomos de cetáceo, y la osadía
de sus gestos aductos y viriles.

Campos de extenuación ; tierras febriles,
que en exiguos remansos de poesía
miniaturizan la ilusión del día
en el tenue verdor de tus pensiles.

La Luna, sobre el pasmo de granito,
y el mezquino verdor, piadosa nieva
la mística blancura de sus clámides.

¡Y, como interrogando al Infinito,
Teotihuacán, en el silencio, eleva
la mole triangular de sus pirámides!...

II

LAS PIEDRAS ORAN

¿Qué raza celestial humanizada
plasmó esta aparición en piedra ruda,
amplia en la base, y al final aguda,
cual la bárbara punta de una espada,

que eleva hasta la bóveda azulada,
terca y audaz, su eternidad desnuda,
y que en la paz de la llanura muda
es como una oración petrificada?...

¿Es sepulcro de un Dios, pastor de estrellas,
o de un rey conductor de megaterios,
padre del Sol y hermano de la Aurora?...

¡ El tiempo en tu interior no dejó huellas,
y en la urna sepulcral de tus misterios
las piedras rezan y el silencio llora !...

III

SALUDO AL SOL

Se incendia la confusa lejanía
en una claridad anaranjada
que el fresco resplandor de la alborada
de ópalo exorna y de topacio estría...

¡ Da al caracol salvaje su armonía,
y, al pie de la Pirámide, postrada
la multitud, espera emocionada
la milagrosa aparición del Día !...

¡ Y en la cima, entre el humo y los sahumerios
del copal que perfuma los misterios,
un sacerdote de albas vestiduras,

inmola al sol que en el Oriente asoma,
con el milagro de sus manos puras
la pureza nupcial de una paloma !...

IV

LA CIUDAD MUERTA

¡ Como en las glorias de los tiempos brillas !...
Amplias calzadas ; templos y palacios,
que custodian serpientes de topacios
y áureos monstruos de rojas pesadillas.

¡ Jardines que cual blancas canastillas
perfuman de frescuras los espacios,
epílogos de amor y al par prefacios
de otros amores y otras maravillas !...

¡ Sueño de nieve que la aurora azula
en místicos escorzos pensativos !...
Eso fué la Ciudad, rival de Tula,

de pétreos muros y bronceínas puertas...
¡ Y hoy es sólo un montón de escombros vivos
bajo un desmoronar de piedras muertas !

SAN LUIS DE POTOSÍ

¡ Blanca ciudad, alegre y cristalina,
de alma de nardo y corazón de rosa,
donde el errante trovador reposa,
como una fatigada golondrina

junto a un naranjo en flor ! ¡ Una divina
aurora de ilusión tu sien radiosa
corona de esplendor, y una gloriosa
primavera de ensueños te ilumina !

¡ Todo, en tu cielo de zafir, te exalta ;
todo, en tu canto de jardín se aquieta !
¡ Para ser andaluza sólo falta

a tu regia y eterna maravilla,
que te dé la Giralda su peineta
y te preste la Alhambra su mantilla !

LAS VIRGENES

A RIBEIRO DE CARVALHO

La tierra florida
parece que espera
a la prometida
del más bello ensueño de la Primavera.

¡ Manos sensuales,
al campo, a bañaros
de aromas carnales !

¡ Bocas lujuriosas,
al campo, a besaros ;
rosas entre rosas !

Las rosas en todo piadosas florecen :
a los rostros pálidos de nuevo enrojecen ;
dulzuras y aromas dan a las abejas ;
son en los jardines tálamos nupciales ;
perfuman los claustros, y alegran las rejas
de los calabozos y los hospitales.

Coronan las negras cruces de las fosas,
en donde las vírgenes que nunca una mano
blanca acariciara, duermen silenciosas,
una voz de amores esperando en vano.

Al pie de los sauces yacen enterradas,
envueltas en velos, y presentan todas
de azahar las pálidas sienes coronadas,
igual que si fuesen vestidas de bodas.

Y bajo la tierra, libres de pasiones,
un único ensueño, sueñan silenciosas :
¡ que sus corazones
cuando llegue Mayo, florezcan en rosas !

¡ Y esperan las manos trémulas e inciertas
que las acaricien, las bocas lascivas
que les den los besos que soñaron vivas,
y que hoy en las tumbas, aun aguardan, muertas !

HORAS FUGACES

I

En las fiestas de un momento
se durmió mi pensamiento
en tus brazos, vida mía...
¡ En las fiestas de un momento
perdí toda mi alegría !

Juventud, ¿dónde te has ido?
¿En qué lecho te has dormido
que mi voz no te despierta?
Juventud, ¿dónde te has ido,
en qué tumba yaces muerta?

Incansable pasajero,
a la vuelta de un sendero
unos ojos brillar viste...
Incansable pasajero,
¿por qué el paso detuviste?

El encanto de un momento
embriagó tu pensamiento
y quedaste adormecido...
¡El encanto de un momento
para siempre te ha perdido!

II

Un perfume melancólico
de amores deshoja el viento.

Rosas de fuego que sangran
entre la nieve de un seno ;
ojos cerrados al mundo
y sólo para mí abiertos ;
labios que esperan temblando
la iniciación de mis besos,
manos blancas que me llaman
agitando su pañuelo...



¡ Muy pronto iré ! Tan callados
serán mis pasos, tan quedos,
que no los oirá el Arcángel
vigilante de tu sueño...

El mar azul... La latina
vela tendida a los vientos ;
y el resplandor de la lámpara
en la paz del aposento ;
y tus ojos en mis ojos,
y tus besos en mis besos ;
mis brazos a tu cintura
y tus brazos a mi cuello...
¡ Y todo como soñado
en el fondo de un espejo !

SOLEDAD

La luz verde, al filtrarse
por la persiana abierta,
daba al salón un húmedo
reflejo de caverna.

Yo solo...

Sonreía

a una esperanza vieja
que siempre en la penumbra
de algún rincón me acecha
para brindarme el fruto
de alguna dicha nueva...

Y le dije a la sombra :
—¿ Por qué lejos? Acerca
tus labios a mi oído,
y háblame, bajo, de ella...
¡ Tan bajo que ni el viento
averiguarlo pueda !—

En la estancia vecina
despertaron las teclas ;
y su doliente música
me evocó la tristeza
de los niños que lloran
por coger una estrella...

SOMBRA

En las horas más tristes
de la vida, te siento
acercar a mi oído
tus suaves labios trémulos,
y decirme tan bajo
como en un pensamiento :

—¡ La hora ha sonado !... Espera...
Ya se acerca...

¡ La veo
alzar en la llanura
su humareda de incienso !...

Deshojan sus sandalias
los rosales del huerto...
Desempolva su túnica
los antiguos espejos,
y se acerca, a besarte,
con los brazos abiertos.—

¡ Y al levantar la vista
siento como un pequeño
rumor de seda que huye,
y miro en el espejo
esfumarse su sombra
igual que un pensamiento!...

HOJAS SECAS

El jardín desierto,
húmedo... Las sendas
encharcadas... Flotan
jirones de niebla...

El parque está solo...
La fuente se queja ;
y olvidado sobre
un banco de piedra,
se deshoja un ramo
de rosas. La tierra,
aterida y húmeda,

parece una muerta
que en la sepultura
a pudrirse empieza...

La vida es fatiga,
lágrimas, tristezas ;
ojos que se abren
y ojos que se cierran...

¡ Con las pobres almas
lento el viento juega :
las lleva y las trae
igual que hojas secas !

ESTRELLA LEJANA

A veces entre los árboles
brilla fugaz a lo lejos
una luz verdosa y trémula
como la luz de un lucero.

¿Alguna virgen que espía
en el nocturno silencio
los leves pasos de seda
de algún presentido ensueño?

¿Un poeta melancólico,
que embriagado de silencio

cincela joyas nupciales
en el oro de sus versos?

¿Brilla en las pupilas tímidas
que a la existencia se abrieron,
o fosforece en el turbio
cristal de unos ojos muertos?

La luz se apagó de pronto
como temblando de miedo...

Turbó la paz de los campos
el ronco aullar de los perros,
que, avizores, rastreaban,
en las fragancias del viento
los pasos de algo invisible
que se perdió en el silencio!

MÚSICA DE OTOÑO

El piano de Otoño se queja ;
y su queja tenaz y angustiosa,
con las aves de paso se aleja
en la tarde de azul y de rosa.

Bajo el sol la alameda se enciende ;
y temblando en el aire sonoro
lentamente, hasta el suelo, desciende
el dolor de su llanto de oro.

Llora amores de lírica queja
al rozar del marfil de sus manos...
Bajo el pie la hojarasca se queja
con quejidos y gritos humanos.

Suena el hacha en el bosque desierto,
mientras dobla en la torre lejana,
por alguna doncella que ha muerto
el metal de la vieja campana.

¡ Del otoño en la tarde serena
al conjuro fugaz de su mano,
el piano le dijo su pena
y ella dijo su pena al piano !

LA PRINCESA ENCANTADA

A ALFREDO GUIMARAES

Por mis viejos jardines de Oriente
ha cruzado una ráfaga helada.
A la Luna, suspira la fuente
como alguna princesa encantada.

Todo un canto de amores salmodia ;
se deshoja el rosal agostado,
y despierta el dragón que custodia
el cancel del jardín encantado.

¡ Oh, gallardo y gentil caballero,
que llegaste buscando un tesoro,
de un remoto país extranjero,
empuñando tu alfanje de oro ;

no traspases los viejos umbrales !...
Al que pasa, el dragón le da muerte
con sus rojas pupilas fatales,
y en un triste ciprés le convierte !

Aún amigas te son las estrellas,
aún está tu esperanza florida...
¡ No persigas ensueños, que aun bellas
realidades te guarda la Vida !

¡ Sólo aquel que no teme a la Muerte,
porque todo lo tiene perdido,
puede, viejo jardín, conocerte,
y en tus frondas hallar el olvido !

Sólo aquel que ni sueña ni siente,
es capaz de matar con su espada

al dragón que custodia la fuente
donde está la princesa encantada...

Sólo él puede enjugar ese llanto
que hace siglos resuena constante...
¡ Pero tema, al romper el encanto,
que la bella princesa lo encante !

RITORNELOS

I

¡ Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería !
El dolor de mi cariño
era mi sola alegría.

Siempre en el alma la idea
de ser contigo sincero :
— ¡ Mañana, como la vea,
le diré cuánto la quiero !...

Y cuando a ti me acercaba,
te miraba, te miraba,
y a hablarte no me atrevía

de aquel tímido cariño...
¡Yo era un niño, yô era un niño,
y cuánto ya te quería!

II

¡ Volved otra vez a veros
desde lejos, sin turbaros,
ojos azules y claros
de mis amores primeros !...

¡ Oh Margarita, hilandera
de mis ensueños lejanos,
ya no jugarán mis manos
con tu blonda cabellera !

¿Quién eras?... ¿Adónde fuiste,
único amor rubio y triste
de mi niñez sin amores?...

¡ Volved de nuevo a miraros
desde lejos y entre flores,
ojos azules y claros !

III

La Virgen de los Dolores
vió mis lágrimas primeras...
Yo le regalaba flores
para que tú me quisieras.

Estabas en el convento,
y yo sus muros rondaba,
por ti preguntando al viento
que tu aliento respiraba.

Y soñaba mi deseo
con la escala de Romeo,
bajo la clara fragancia

de primaveral aurora...
¡ Oh ruiseñor de mi infancia !
¿ En dónde cantas ahora ?

IV

¡ Oh, pobre amor !... ¿ Dónde has ido ?
Esta mañana en mi huerto,
entre rosas, junto al nido,
encontré un ruiseñor muerto.

¡ Vendrán otros ruiseñores
mi Primavera a alegrar,
pero aquel muerto entre flores,
jamás volverá a cantar !

¡ Corazón, corazón mío,
muere de angustia y de frío
con tus recuerdos de amor !

¡ Calla !... Suspende el aliento...
Un canto tiembla en el viento...
— ¡ Pero no es mi ruiseñor !

V

Entre las gentes me veo
siempre a solas con mi llanto,
¡igual que el patito feo
que Andersen amaba tanto!

Como nadie me quería,
cifré en ti mi único empeño,
¡oh rubia primita mía,
blanca y frágil como un sueño!

De mi pasión te reíste...
Y de nuevo quedé triste,
a solas con mi deseo,

siempre ocultando mi llanto,
¡igual que el patito feo
que Andersen amaba tanto!

VI

No quiero verla a mi lado
de nuevo, pues si la viese,
acaso ya no tuviese
aquel encanto pasado.

Su imagen tiene el misterio
y el amor de aquella hermana
que en una tarde lejana
llevaron al cementerio.

¡ Oh el recuerdo !... ¡ En la distancia
es más dulce su fragancia !...
Pasó, y me dejó su huella,

y verla otra vez no quiero...
¡ Ya no soy yo, ni ella, aquella
visión de mi amor primero !

ORACIÓN

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen María
su pena veía
llorosa y callada.

Las manos de una
palidez de luna,
en cruz. La mirada
tímida y sincera
perdida en el cielo,
y su cabellera
rubia y destrenzada
flotando hasta el suelo.

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen la oía
llorosa y callada.
Ella le decía
suspirando queda :

—¿Por qué, Madre mía,
por qué en mi ventana
su escala de seda
no vió la mañana?

¿Qué dolor cruento
ha roto estos lazos,
que hoy cantar no siento
la alondra en sus brazos?

¿Por qué en sus pupilas
no contemplo ahora,
temblar las tranquilas
luces de la aurora?...

¡Por esos puñales
con que os han herido,

por todos los males
que Cristo ha sufrido ;
por tantos excesos,
por tanto quebranto...
que vuelvan sus besos
a enjugar mi llanto !...

Siempre arrodillada
la niña gemía...
La Virgen María
su pena veía
llorosa y callada.

LA CIUDAD MUERTA

¡ Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que a la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea !

Las calles silenciosas. Como tumbas
son las casas. Las puertas,
las ventanas, cerradas... Ni una sombra,
ni una luz, ni una queja.
El musgo crece en la ruinosas plazas,
las fuentes están secas.

El tiempo se ha dormido en los relojes
de las viejas iglesias,
que en la noche la inmensa pesadumbre
de sus moles fantásticas proyectan.

¡ Silencio secular, ciudad sin vida,
elegía de piedra
que llora el abandono de una raza,
que a Dios orando, la rodilla en tierra,
sintió sonar la triste campanada
de su hora postrera !

¡ Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que a la Luna, como un abandonado
cementerio blanquea !

LA CASA MUERTA

A SANTOS TAVARES

Entre negros cipreses
blanquean las paredes de la casa.
Está desierta. Sobre
la ojiva del balcón, ya no se alza
del escudo de mármol
la heráldica cimera empenachada.

Está ya muerta. Nadie
se asoma a las ventanas...
¡Detrás de los cristales ya no cosen
aquellas manos blancas!

Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,
la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada...

Sólo a la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas...
¡ Pobres muertos queridos, pobres muertos,
volved a vuestras tumbas solitarias !

¡ El escudo de piedra han arrancado
manos plebeyas, y plebeyas plantas
profanan el silencio aristocrático
de las antiguas y grandiosas salas,
donde al son del pausado clavicordio
y a la luz de las trémulas arañas,
copiaron las doradas cornucopias
vuestras nobles pelucas empolvadas !

LA HORA FAMILIAR

A ALFONSO GAYO

Ya no se ven tras los cristales
que incendian el sol del Mediodía,
los rostros pálidos, las manos
blancas y exangües de las niñas
que en las serenas tardes, bordan ;
ni en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de una lámpara
sobre la paz de la familia.

Están cerradas las ventanas,
y melancólicas las brisas

de Otoño, húmedas deshojan
la enredadera ya marchita.

¡ Adiós, le dije a la ventana,
donde en lejanas despedidas
tembló de miedo por la ausencia
su blanca mano entre las mías !

La casa duerme. Los cristales
copian el rostro de otras niñas
que bordan lentas, en la tarde ;
¡ y en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de otra lámpara
sobre la paz de otra familia !

FANTASÍA MORISCA

A ALFREDO MURGA

El reloj encantado
retumba la una.

Bajo el plateado
temblor de la Luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

Un dragón vigila
su lóbrego encierro.
La feroz pupila
se revuelve inquieta.

A quien mira, mata.
La mano de hierro
crispada aún, sujeta
la llave de plata.

Lenta el agua llora ;
y la reina mora,
sola con su llanto,
espera el acero
del joven guerrero
que rompa el encanto.

Pálida y sumisa,
bajo una palmera,
con su peine de oro
y marfil, alisa
el negro tesoro
de su cabellera.

El reloj encantado
retumba la una.
¡Bajo el plateado
temblor de la Luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora!

MYOSOTIS

A ENRICO CORRADINI

I

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida...
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es hora en que a la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró a nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado...
No sabemos qué dulce labio la ha pronunciado...
Pero queda la música de la voz, el acento
cariñoso y suave... ¡ Pobre alma dolorida,
póstrate de rodillas y besa este momento,
el único momento dichoso de tu vida !

II

Una oración se eleva del jardín... En alguna senda, se apaga el eco de unos pasos distantes, y de los negros árboles las sombras ondulantes tiemblan sobre el movable cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una escala monótona de notas vacilantes, el surtidor aventa su polvo de diamantes temblando bajo el pálido resplandor de la Luna.

El alma solitaria de Chopin, de una mano enferma a las caricias, preludia en el piano los líricos sollozos de su melancolía.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora...
¡ La última luz se apaga, y en la selva sombría palpita la voz trémula de un ruiseñor que llora !

III

Paisaje inverosímil de cosas increadas
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda...
Y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino
incensarios que elevan su perfume a los cielos ;
y una mística ola de inefables anhelos
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano...
Se habla con la mirada ; el labio no se mueve...
Ni el aliento más tenue, ni el rumor más pequeño...

¡ No se besa la boca ni se estrecha la mano
de la Amada, temiendo que el contacto más leve
se deshaga en la espuma fugitiva del sueño !

IV

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma,
penetra tembloroso un rayo de la Luna,
envolviendo la estancia melancólica, en una
claridad que parece la claridad de un alma.

El silencio se escucha. En la brisa dormida
vuela una tenue esencia, un perfume bendito,
que recuerda aquel vago perfume favorito
de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.

Se oye el más leve ruido, el más tenue... La hoja
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina

a la luz de la lámpara, y sollozando escribe
la canción más doliente a la sombra divina
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

V

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavora
el alma y los cabellos, y en el aire se masca
un húmedo y salobre olor a sepultura.

Sentimos nuestra alma morir en esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales.

Todo se va extinguiendo. El tiempo se oye apenas
como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras

[venas...

Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla

de sangre... Calla el viento, y el alma se despierta
al ver entre el ramaje a la Luna amarilla
que asoma su faz pálida como la de una muerta.

VI

—Do, Re, Mi, Fa...—La virgen da lección de sol-
[feo.

Sobre el atril abierto donde el método ondea,
siguiendo el ritmo ágil de la música, veo
el lirio de sus manos que en las sombras blanquea.

—Fa, Sol, La, Si...—Su acento diluye una fra-
[gancia

sutil, cual si de pronto por una vidriera
rota, llegase tibia a alegrar nuestra estancia
una fragante y cálida brisa de Primavera.

—Si, Do, Re, Mi...—Suspiran los labios infantiles.
¡ Oh Amor, Amor romántico de mis catorce abriles !
Azul de las pupilas, labios de rosa, y sobre

el hombro el áureo encaje del cabello deshecho...
¡ Y yo, con ambas manos sujetando mi pobre
corazón que quería saltárseme del pecho !

VII

Tienen estos jardines esa lujuria triste
y caduca del último beso de despedida.
Al juntarse los labios se olvida cuanto existe,
y en el beso se pierde la noción de la Vida.

El aire es como una tibia mano de seda
que nos va adormeciendo a fuerza de caricias ;
y en la sombra del verde sueño de la arboleda
hay bancos solitarios y altas hierbas propicias.

¡Edén de encantamientos; fabulosos jardines
con músicas de aguas y aromas de jazmines,
donde todo en un himno de amores se convierte,

hechos para las lágrimas de amante despedida,
para amarse en un beso hasta perder la Vida,
y proseguir besándose a través de la Muerte!

VIII

Ten para todo, amada, una misma sonrisa,
porque todo es lo mismo, los astros y las rosas,
el huracán que atruena y la fragante brisa...
En todo la infinita vanidad de las cosas.

Es tan breve el camino por donde caminamos
que no vale la pena de pararse un momento...
¡Ni una huella en la senda, tras nosotros dejamos,
y el polvo que nos cubre se ha de llevar el viento!

El dolor es la sangre que corre por las venas ;
nodrizas de la vida siempre fueron las penas...
Sólo el amor nos brinda un poco de consuelo...

Es la fuente que apaga la sed del peregrino...
¡ Goza tu dicha : muerde la fruta del camino
antes que de madura caiga podrida al suelo !

IX

Desde las atalayas resonó la trompeta
de oro, que al oído anuncia tu llegada,
y para recibirte, el alma del poeta
se vistió como una virginal desposada.

Como a través del humo de fragante incensario,
entre nubes de polvo, en la senda fulgía
tu belleza en el solio dorsal de un dromedario,
toda resplandeciente de luz y pedrería.

Las trompas te aclamaron con estruendo, y un coro infantil cantó un viejo epitalamio de oro...
Llovieron rosas blancas en el aire tranquilo ;

cruzó ante ti un guerrero desfile de legiones,
y al pisar tu pie el blanco mármol del peristilo
te saludó un salvaje rugido de leones.

AURORA TRISTE

A ALEJANDRO SAWA

Bajo la luz del alba dormita el caserío.
Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
en las floridas rejas de la ventana trina,
agitando las alas bañadas de rocío.

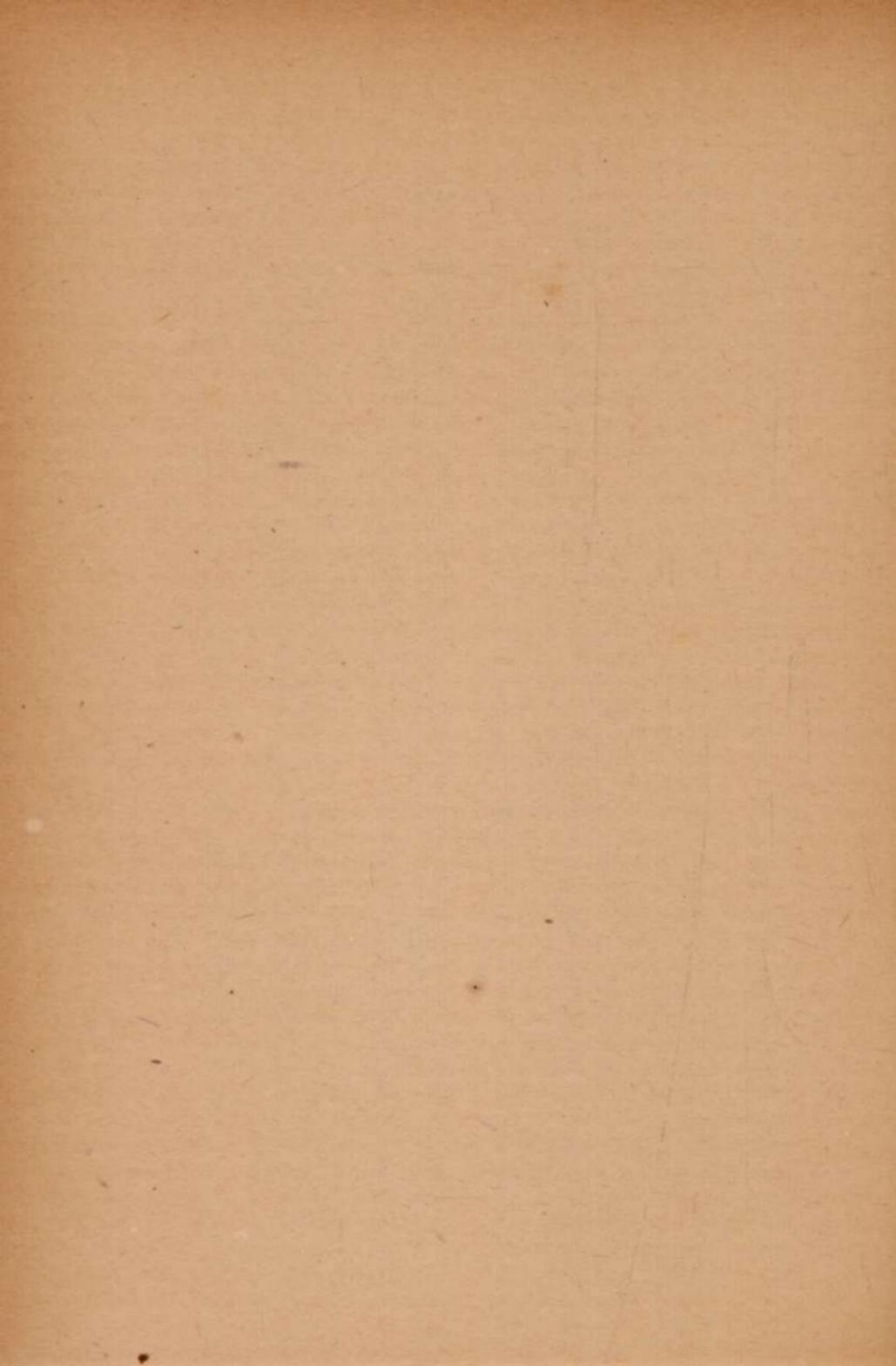
Silenciosas las sendas y las ventanas todas
sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...
¿Un poeta que escribe canciones a su amada
o una novia que cose su vestido de bodas?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotos valles, temblando va a extin-
[guirse...

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
a algún pálido rostro que, llorando, se inclina
a cerrar unos ojos que jamás han de abrirse.

VELADAS DE AMOR

(1901-1903)



VAGUEDAD DE OTOÑO

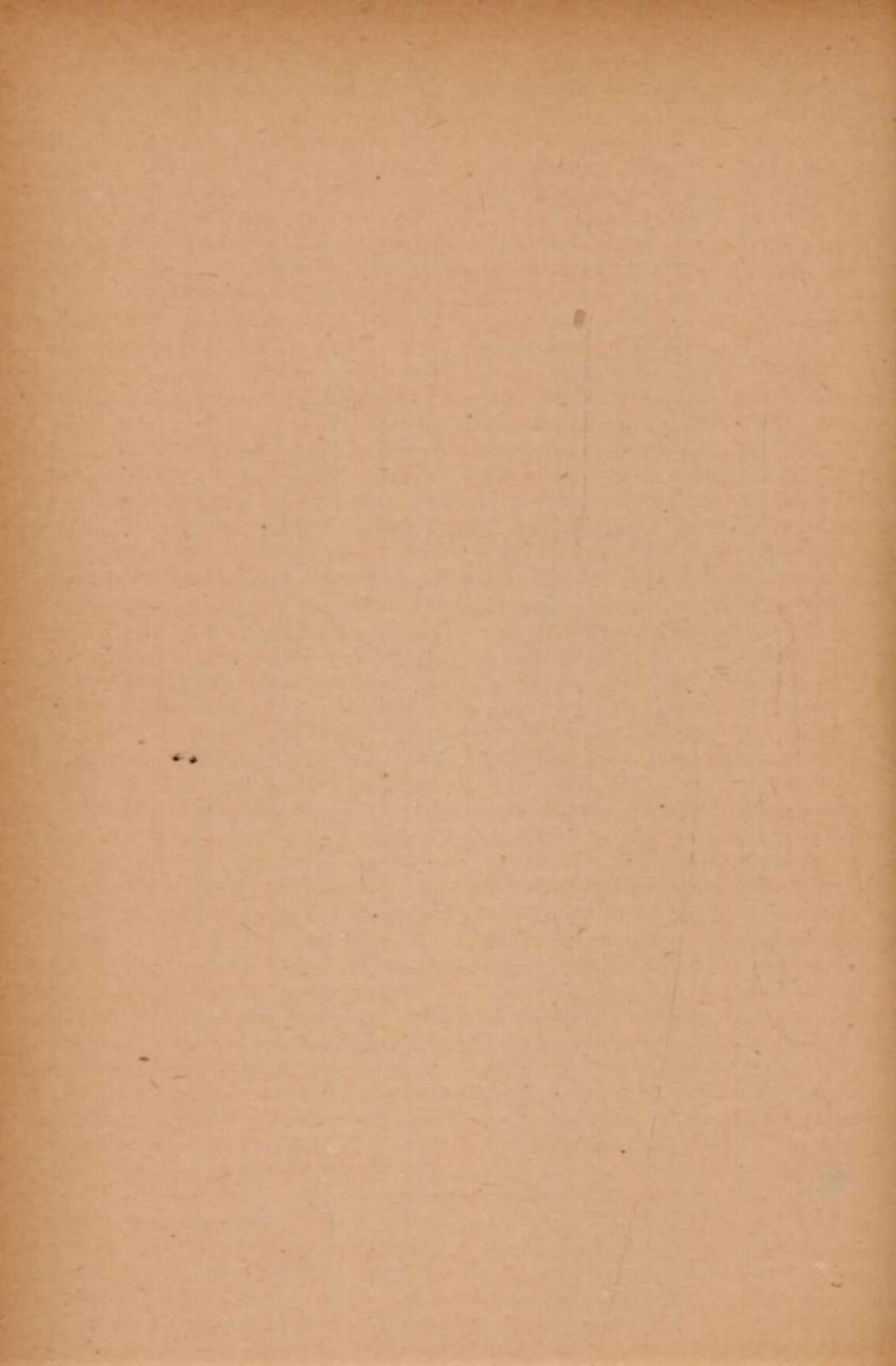
Hoy quiero que los versos que cantan tus amores
tengan la vaga música monótona y doliente
de la lluvia que cae melancólicamente,
deshojando en el viejo jardín las mustias flores.

Te diré frases tenues igual que esas neblinas
que le dan al paisaje la humedad de su aliento,
y entre las pesadumbres del cielo ceniciento
mis sueños tendrán fugas de raudas golondrinas.

¡ La fiebre de mis ojos ; las manos afiladas
y exangües ; las mejillas pálidas, demacradas ;
esta tos cavernosa que mi labio ensangrienta ;

el otoñal crepúsculo, melancólico, inerte,
y esa vieja campana que dobla somnolenta,
mejor que yo han de hablarte del Amor y la Muerte !

**VELADAS DE SUAVIDAD
Y DE TRISTEZA**



HORAS GRISES

Horas grises... ¡ Oh manos
pálidas de las tísicas,
manos idealizadas,
manos de sensitivas,
que en estas horas lentas,
sin sol y sin caricias,
sobre algún seno inmóvil
os cruzáis ateridas !

Horas grises... ¡ Oh enfermas
y apagadas pupilas,

que a través de los vidrios
de los asilos, miran
con pavor a la sombra
que tenue se desliza
por los balcones, como
la Muerte por la Vida!...

Horas grises... ¡Sangrientas
horas de los suicidas,
del amor y del crimen
y de las agonías!...
Horas grises... ¡Oh amada,
mi pobre amada tísica,
ésas serán tus horas,
porque ésas son las mías!

¡ PIETA, SIGNOR !

A FRANCESCO ROCCHI

¡ Pietá, signor !, la música
solloza.

¡ Pietá, signor !, murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

Es el grito del náufrago
que hundido entre las olas

su mano alza, buscando
la tabla salvadora.

Es el grito de un alma
que gime temerosa
viéndose en el silencio
amenazada y sola...

¡ Amada ! ¡ Sé tú siempre
bondad, misericordia !...

Arrodillada reza
por todos los que lloran,
por todos los que sufren,
por esas almas solas
que perseguidas buscan
un refugio en tu sombra...
Ten siempre para ellas
la sonrisa en la boca...

Jamás la tierra verde
vuelva a tornarse roja...

El mundo entero sea
una familia sola.

¡Pietá, signor!, murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

PÁGINA BLANCA

A AUGUSTO GIL

Nieva...

La nevada
se detiene lenta
sobre los tejados
humeantes...

Nieva.

A través del velo
que en el aire tiembla,
de espuma y de encaje
son las arboledas,
y los copos trémulos
al caer, semejan
lluvia de azahares,
mariposas muertas.

Las voces se apagan...
Tienen la incoherencia
de palabras dichas
entre sueños...

Ciega
el paisaje...

El alma
de blancura enferma,
se duerme en un sueño
de eterna pureza...

¡ Oh cándidas frentes
de azahar cubiertas !...

La tarde agoniza...
¡ Parece la tierra
—bajo la nevada—
una novia muerta !

CREPÚSCULO

A ADELAIDE BERNARDINI

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria
de humo, mientras ahogando
su son en la distancia,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

¡Yo siento una tristeza
infinita y huraña,
recordando la cuna
de los niños... la caja

donde el último sueño
duerme la vida humana !

Ella, el triste crepúsculo
contempla, muda y pálida ;
y tenue el viento mueve
lentamente las páginas
de un libro que olvidado
yace sobre su falda.

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria
de humo, mientras ahogando
su son en las distancias,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

PERFUME DE OTOÑO

A ALFREDO BLANCO

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas.

La enferma, sentada
al balcón, se mira
las pálidas manos,
exangües y finas.

Y al sol, en la nieve
de los dedos brilla

el rubí de una
dorada sortija.

Florece en sus labios
amarga sonrisa,
y una leve lágrima
tiembla y se desliza
lenta por las pálidas
y enfermas mejillas.

La tarde se muere...
¡Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas!

ENSUEÑO DE UN CREPÚSCULO
DE ESTÍO

A compás de un sonoro
repique de campanas,
sobre la tierra verde
y florida, se alza
con las alas al viento
tímida visión blanca.

Los pliegues de su túnica
en el aire resbalan,
y un perfume de ensueños
esparce sus fragancias
en el aire tranquilo
de la tarde callada.

Lentamente, a borrarse
empieza en la distancia
la visión, a los sonos
de una música lánguida
de violines...

Tan sólo
distingue la mirada,
al borde de la túnica,
leve pie sin sandalias...

¡ Un breve pie de nieve
que una noche lejana
retuve prisionero
entre mis manos pálidas!...

En el azul tranquilo
la tenue visión blanca
se extingue con el eco
de la última campana,
mientras sobre los campos
lenta la luz se apaga,
y en el cielo arde una
estrella solitaria.

MADRIGAL

En el claro remanso
de la clara corriente,
se refleja el molino
blanqueando entre las verdes
alamedas...

En una
ventana floreciente,
se asoma una curiosa
carita sonriente...
¡ Oh serena poesía
de los remansos!... Tenue
perfume de frescura
en las horas de fiebre

estival... A tu lado
mi corazón se duerme
escuchando la húmeda
canción de tu corriente...

La vida pasa... Suena
en las florestas verdes
un rumor de guitarras
y canciones alegres...

¡ Oh, sereno remanso
de la clara corriente !...
¿ Te acuerdas de aquel rostro
más blanco que la nieve,
que una tarde, a mis besos,
se encendió de repente,
como una flor de llamas
entre el ramaje verde ?

PASTORELA

¡Tardes de Primavera ;
alegres fiestas, danzas
sobre los verdes prados,
bajo las frescas hayas,
a los rústicos sonos
de pastoriles flautas !

Pensativas las vírgenes,
en los hombros las ánforas,
regresan de la fuente...
Han visto entre las ramas
llamear las pupilas
del viejo Amor que pasa.



En la brisa han oído
suspiros y palabras
inolvidables... Besos
que las dejaron pálidas
y ojerosas... Y sienten
anhelos y nostalgias
de algo que hace a sus senos
temblar, entre la gasa
de los corpiños, como
palomas asustadas.

Suspiran tristemente,
y silenciosas pasan
perdiéndose en las verdes
veredas solitarias,
entre el polvo de oro
de la luz que se apaga,
mientras rezan el lento
Angelus las campanas...

¡Tardes de Primavera ;
alegres fiestas, danzas
sobre los verdes prados,
bajo las frescas hayas,
a los rústicos sonos
de pastoriles flautas !

NOCTURNO DE RUISEÑOR

—Rui señor, que a mis rosales,
vienes a entonar tus cantos,
en tus vuelos fugitivos,
¿acaso viste a mi amado?

—Le escuché llorar tu ausencia
en el bosque solitario,
y de él aprendí los trinos
que en tu rosal he cantado.

—Agua de plata del río,
que cruzas serena el prado,
¿reflejaste en tus cristales
la triste faz de mi amado?

—Le vi agonizar de pena,
y mi corriente han formado
las lágrimas silenciosas
que por tu ausencia ha llorado.

NOCTURNO

La noche se desliza
por la abierta ventana.

Los muebles, las molduras,
lentamente se apagan,
y en las sombras se duerme
de silencio la casa...

En el péndulo sueña
el tiempo. La palabra
de miedo no se asoma
a los labios. Se bajan

los párpados, y en medio
de tinieblas, el alma,
sintiendo temblorosa
crujir bajo su planta,
el puente que la vida
de la muerte separa,
se pierde en el ensueño
de las cosas lejanas...

Retiembla el eco sordo
de ronca campanada...

Se abren las temblorosas
pupilas asustadas,
mirando entre las sombras
que envuelven a la estancia,
como en una laguna
de silenciosas aguas,
temblar en los espejos
las estrellas lejanas...

INVERNAL

La luna de enero
el valle amortaja
en su tembloroso
sudario de plata.

Los árboles... Todo
parece que calla
oyendo la eterna
música del agua
que, voz de la tierra,
sus amores canta.

Es noche de encantos...
Hasta las estatuas
del parque parece
que en silencio hablan.

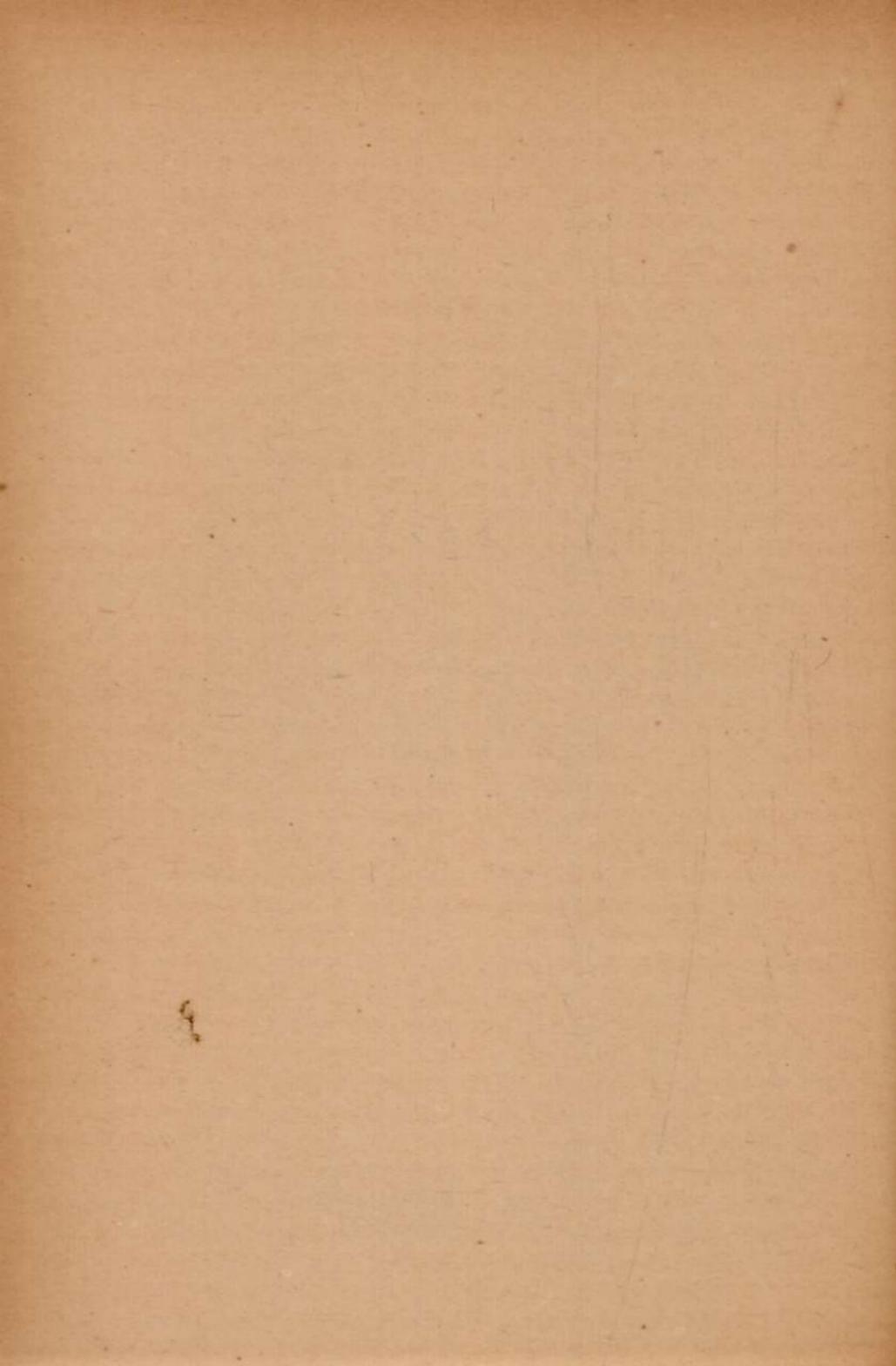
El paisaje espera
no sé qué... Y el alma
en tierra el oído,
parece que aguarda
oír en el silencio
las leves pisadas
de un sueño imposible
que viene a alegrarla...

¡ La luna de enero
el parque amortaja
en su tembloroso
sudario de plata !

ACUARELA

Música de violines
lejanos. En el viento
un perfume de rosas
marchitas. En el cielo
sombras de golondrinas
que se alejan...

Un sueño
de otoño : un viejo parque
con árboles muy viejos,
y sobre el claro lago
un joven gondolero
que una canción de amores
canta al compás del remo,
mientras arde en las ondas
el sol como un incendio...



NOCHE DE INVIERNO

En medio de las ráfagas
del huracán airado,
en la noche, la casa,
parece un débil barco
luchando con las olas
de un mar alborotado.

¡ Perdón, Señor ! Acude
la plegaria a los labios ;
se doblan las rodillas,
los ojos vierten llanto,
y al cielo se alzan juntas
las suplicantes manos...

¡Piedad, Señor! Recemos
por los extraviados
viajeros que la noche
sorprendió en despoblado...

¡Por todos los ausentes,
y hasta por esos náufragos
de la vida, que duermen
ocultos y olvidados
al pie de los cipreses
del viejo campo santo!...

En medio de las ráfagas
del huracán airado,
en la noche, la casa
parece un débil barco
que lucha con las olas
de un mar alborotado.

LOS OJOS MUERTOS

El estanque desolado
en mitad de la llanura
copia el cielo en sus pupilas
de aguas turbias.

Un cielo sucio de barro
que nos pesa y nos angustia,
como si fuese la losa
de una tumba.

Una voz murmura : — ¿ Cuándo?
y otra voz responde : — ¡ Nunca !

y las dos voces se extinguen
en la bruma.

¡ Entre juncos, reflejando
las negras nubes que cruzan,
es como el ojo de un muerto
la laguna !

LA CANCIÓN DE LAS HOJAS

Mi alma dolorida
para siempre olvida
tristezas y amorès
que le atormentaron...

¡ Otoñales flores
que se deshojaron !

Sueños sin fortuna ;
embriaguez que mata...

¡ Blanca serenata
perdida en la Luna !...

¡ Oh, palabras locas,
que me consolaron !...
¿ Dónde están las bocas
que las pronunciaron ?

¡ Mirada traidora !...
Ojos inconstantes,
¿ en qué ojos amantes
os miráis ahora ?

¡ Extasis lejanos !...
Manos de otros días,
hoy, ¿ entre qué manos
recordáis las mías ?

¡ Alma desolada,
perderte, cansada,
en la húmeda angustia
de Otoño te siento,
como una hoja mustia
que vuela en el viento !

Tristes caminantes,
que cruzáis errantes,
llenos de congojas,
las sendas desiertas...
¡ No pisad las hojas,
que son almas muertas !

ENSUEÑO DE UNA MAÑANA
DE PRIMAVERA

El sol al paisaje
baña en luz dorada...

Y su luz de encaje
tibia y perfumada,
lentamente dora
la pálida frente,
las trenzas sedosas,
de una soñadora
que de un floreciente
rosal, corta rosas.

Al cogerlas, canta
baladas de amores...
Hay en su garganta
voz de ruiseñores.

Tiene la pupila
aún más transparente
que el agua tranquila
de la clara fuente.

Y su mano leve
entre las pomposas
flores, es de nieve
con sangre de rosas.

¿Qué dolor aqueja
su voz angustiada?
¡Una pena vieja,
de vieja, olvidada!

—Mi amante ha llegado...
¡Sostenedme, flores,
que al ver á mi amado
me muero de amores!—

¡Oh, voz hechicera!
¿En dónde te he oído?...
Fué un sueño florido
de la Primavera.

CANCIÓN DE JUVENTUD

—Es la hora de cantar...
¡Alégrate, corazón,
y consuela tu pesar
con la más dulce canción!

Canta el dolor de tus penas
y el gesto de tu desdén...
¡A compás de sus cadenas
el preso canta también!

¿Qué importa que los dolores
mustien tus sueños en flor?
¡Se ciega a los ruiñeños
para que canten mejor!

Goza la paz del momento ;
las rosas pronto se van,
y si hoy no aspiras su aliento
mañana se secarán.

Muerde la fruta madura,
corta las rosas en flor...
Menos que las rosas dura
la Juventud y el Amor.

Olvida cuanto has pasado...
¡Alégrate, corazón!
Canta tu canto... ¡Ha llegado
el tiempo de tu canción!—

Así cantando, al sonoro
compás del viejo laúd,
en su góndola de oro
pasó nuestra Juventud ;
y al escuchar sus canciones
fugaces, más de una tez
tras los góticos balcones
se cubrió de palidez...

RESPONSO

De mis jardines las flores
el otoño deshojó...
La estación de los amores
ya pasó...

Por los que murieron, llore
una campana al doblar...
De rezar ésta es la hora...
¡ Corazón, ponte a rezar !

¡ Qué pronto se deshojaron
tus esperanzas de ayer !...

Las golondrinas volaron
para nunca más volver.

Mientras tu labio ofrecía
a mi labio un beso en flor,
aullar un perro se oía...
¿Se irá a morir nuestro amor?

Por los que murieron llora
una campana al doblar...
De rezar ésta es la hora...
¡Corazón, ponte a rezar!...

RIMAS DE AMOR

I

Turbia de sombra el agua del remanso
reflejó nuestras trémulas imágenes
extáticas de amor, bajo el crepúsculo,
en la enferma esmeralda del paisaje...

Era el frágil olvido de las flores
en el azul silencio de la tarde,
un desfile de inquietas golondrinas
sobre pálidos cielos otoñales...

En un beso muy largo y muy profundo
nos bebimos las lágrimas del aire,

y fueron nuestras vidas como un sueño
y los minutos como eternidades...

Y al despertar del éxtasis había
una paz funeraria en el paisaje,
estertores de fiebre en nuestras manos
y en nuestras bocas un sabor de sangre...
Y en el remanso turbio de tristeza
flotaba la dulzura de la tarde,
enredada y sangrante entre los juncos,
con la inconsciencia inmóvil de un cadáver.

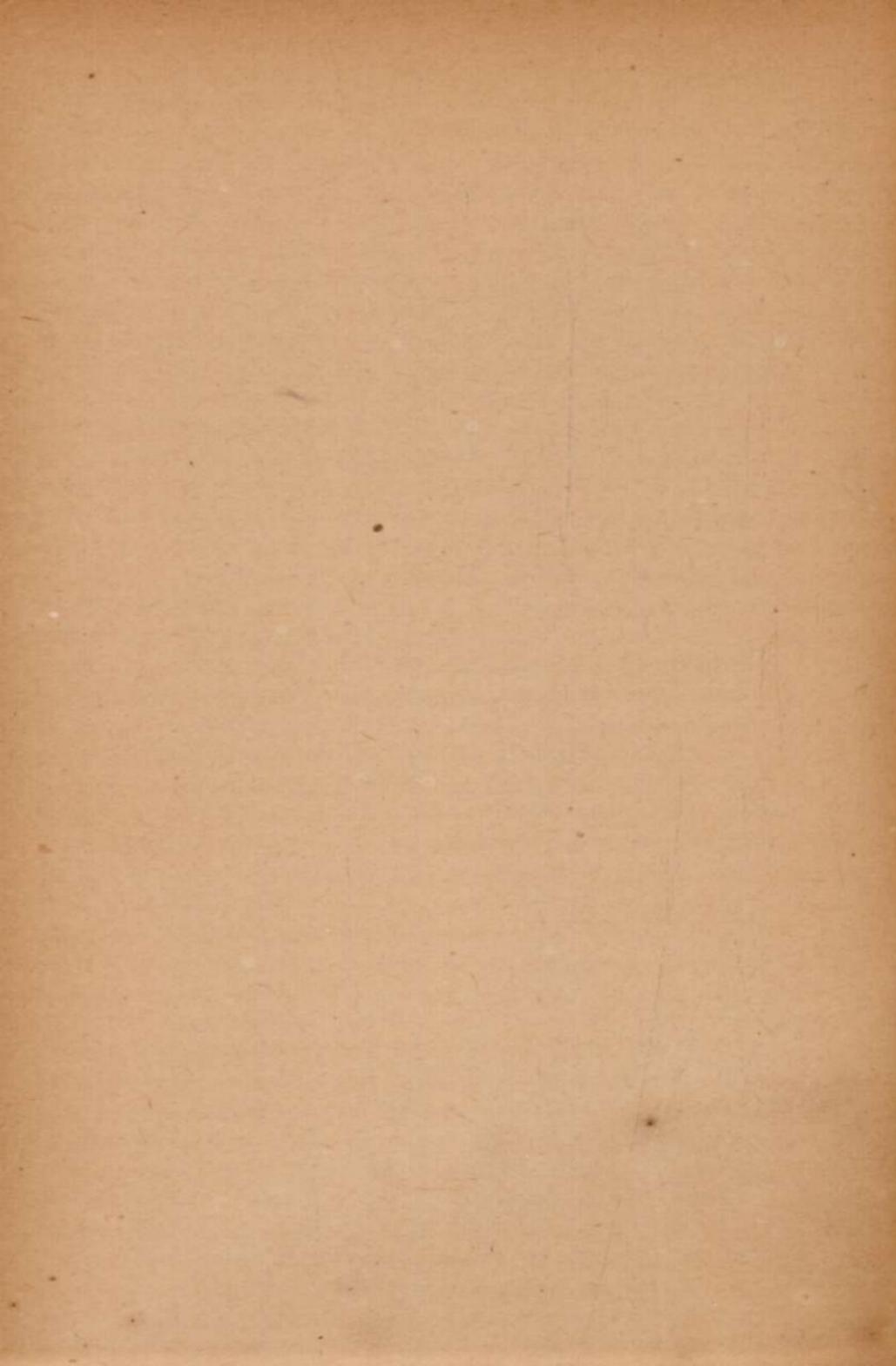
II

Brindándome el tesoro de tu risa
arde tu boca roja entre las flores,
y es más intenso que el de los jazmines
el fresco aroma de tu carne joven.

Florece en la frialdad de tus mejillas
toda una primavera de rubores...

La insinuación madura de tu seno
las blancas gasas del corpiño rompe,
y brindan en el pico sus palomas
los rojos frutos del eterno goce...

Bajas los ojos al mirar los nidos,
tiemblan tus manos al tocar las flores...



III

Eres como un remanso en cuyos claros
cristales transparentes se refleja,
bajo la paz celeste de los cielos,
la verde ensoñación de la floresta.

Como un niño me postro ante tus plantas,
reclino en tu regazo la cabeza,
y mientras siento palpitar tu pecho
y con mis rizos tus caricias juegan,
cierro los ojos y lo olvido todo...

¡ Oh, amor de mis ensueños, quién pudiera
ser como una naranja entre los dientes
de tu boca sedienta !

¡ Abandonar la vida entre tus manos
como un pequeño ramo de azucenas,
para que al deshojarse perfumara
la noche de tu obscura cabellera !

IV

Insaciables los labios absorbían
el alma en el perfume de tu aliento...

¡ Un suspiro apagado
en la sonora eternidad de un beso,
un olvido absoluto de la tierra
y un fugitivo éxtasis del cielo!...

No supe cómo fué... Sólo que había
bajo nosotros un olor a heno :
un ruiseñor cantaba, las estrellas
temblaban en la plata de los cielos,
y la luna fugaz resplandecía
en el abismo de tus ojos negros.

ANUNCIACIÓN

Nuestro hogar es un sueño. La lámpara ilumina tenuamente la alcoba. La larga noche empieza. Yo leo a D'Annunzio, y ella, arrodillada, reza delante de una arcaica Madona bizantina.

Una azucena mustia en un gomil de China inclina, deshojándose, su mística belleza, y en el tic-tac del péndulo palpita con tristeza el corazón del tiempo que sin cesar camina.

Me interroga, de pronto, con voz baja y doliente...
La levanto temblando y la beso en la frente...
Me estrecha entre sus brazos en locas convulsiones,

y un nombre dulce y santo—toda rubor—exhala...
¡Fué entonces cuando, tímido bajo el candor del ala,
habló a su oído el Arcángel de las Anunciaciones!

EL POEMA DE LA CARNE

I

Tú serás la Sulammita
y yo seré Salomón...
Mi sed de amor infinita
saciaré en tu corazón.

De la aurora a los fulgores
a buscarte al huerto iré,
persiguiendo entre las flores
las señales de tu pie.

Un olor a Primavera
entibia el aire. Te espera
temblando mi corazón...

Es la hora de la cita...
¿Por qué niegas, Sulammita,
tus besos a Salomón?

II

Cuando me dices :—¡Soy tuya !
Tu voz es miel y es aroma ;
es igual que una paloma
torcaz que a su macho arrulla.

Sobre mi mano dormida
de tu nuca siento el peso,
mientras te sorbo, en un beso,
todo el fuego de la vida.

Cuando ciega y suspirante
tu cuerpo recorre una
convulsión agonizante,

adquiere tu faz inerte
bajo el blancor de la luna
la palidez de la muerte.

III

Nuestra cámara envenena
un perfume sensual
de nardo y carne morena...
La lámpara de cristal

el último soplo espera ;
y junto al blanco ajimez,
sobre una piel de pantera,
florece tu desnudez.

Sediento de besos veo
temblar tus carnes morenas ;
y la fiebre del Deseo

esculpe como a cincel
el relieve de tus venas
sobre el bronce de tu piel.

IV

Ya, sin poder hablar apenas,
con turbios ojos seguí el
curso azuloso de tus venas
bajo las sedas de la piel.

Tu desnudez palidecía
bajo el ardor de mi mirar ;
tu labio inmóvil no podía
ni sonreír ni suspirar.

Por los calados ajimeces
doró la luna los despojos
de tus mortales palideces...

Y a su reflejo sideral,
vi florecer claveles rojos
sobre mi tálamo nupcial.

V

Las claras lunas de Oriente
vieron a mi dromedario
el paisaje solitario
atravesar lentamente.

Y aprendieron los leones
de los rojos arenales
tu nombre, en las sensuales
nostalgias de mis canciones.

¡ Hoja de menta en la boca
en horas de sed !... Evoca
la frescura de una fuente

en la arena... ¡ El corazón
lo repite lentamente
como una santa oración !

VI

En las salas del Tetrarca
el ritmo lento y sonoro
de las ajorcas de oro
tu paso musical marca.

Tu gesto es una conquista,
y si danzas, Salomé,
la cabeza del Bautista
sangrará bajo tu pie.

Tu amor la Luna pregona,
pues te vió, virgen leona,
rugir ciega de pasión,

refregándote en el hierro
de las rejas del encierro
de Juan, el casto león.

SONETOS

SONETOS

I

Tu nombre es Otoñal. Tiene el encanto
de una tarde de octubre nebulosa...
Es como el dulce y silencioso llanto
de un recuerdo de amor sobre una fosa.

Tiene la vaga suavidad del raso...
Le brinda a mi dolor la melodía
de una flauta lejana en el ocaso,
llena de una otoñal melancolía.

Evoca el sufrimiento solitario
de la Madre de Cristo, que abrazada
llora al pie de la Cruz, en el Calvario,

y hasta vierte el perfume vaporoso
de una pálida rosa deshojada
en un lento crepúsculo lluvioso.

II

El cuadrado de luz de la ventana,
con su arroyo, su monte y sus olivos,
bajo el dorado azul de la mañana,
semeja un lienzo de los Primitivos.

Un rosal al alféizar engalana
de verdes tonos y colores vivos,
y lenta, en el silencio, se desgrana
una canción de pájaros cautivos.

Bajo un rayo de sol se ovilla un gato,
mientras yo, contemplando tu retrato,
rememoro la muerta Primavera,

en que, junto al alféizar, silenciosa,
vi en las tinieblas de tu cabellera
arder las llamas de una fresca rosa.

III

—¡ Amor, mi dulce amor, la vida entera te esperé! — Me dijiste, acariciando con tus dedos mi tosca cabellera que un soplo de pasión iba erizando.

Al mirarte cruzar la carretera,
mi pobre corazón dijo temblando :
—¡ Ya va a llegar el que tu sueño espera!—
Y se quedó de angustia palpitando...

Y, tímida, acercando hasta mi oído
el tibio aliento de tus labios rojos,
me susurró tu acento insinuante :

—Entre cien mil te hubiese conocido,
por la altiva tristeza de tus ojos
y la honda palidez de tu semblante!

IV

¡ Oh Juventud ! ¡ Oh Juventud !... ¿ Qué ha sido
del corazón y de su edad preclara,
de abril florido y de la fuente clara
donde todos tus sueños han bebido ?

¡ Vuelve a buscar la senda que has perdido,
el agua que tus labios refrescara,
los negros ojos y la blanca cara
que te dieron la dicha y el olvido !

¡ Vuelve de nuevo a ser lo que antes fuiste !...
En las penumbras de la estancia triste
te contemplé morir ensangrentada,

lívido el rostro y desgarrado el pecho,
¡ como una novia muerta al ser violada
en su noche nupcial, sobre mi lecho !

V

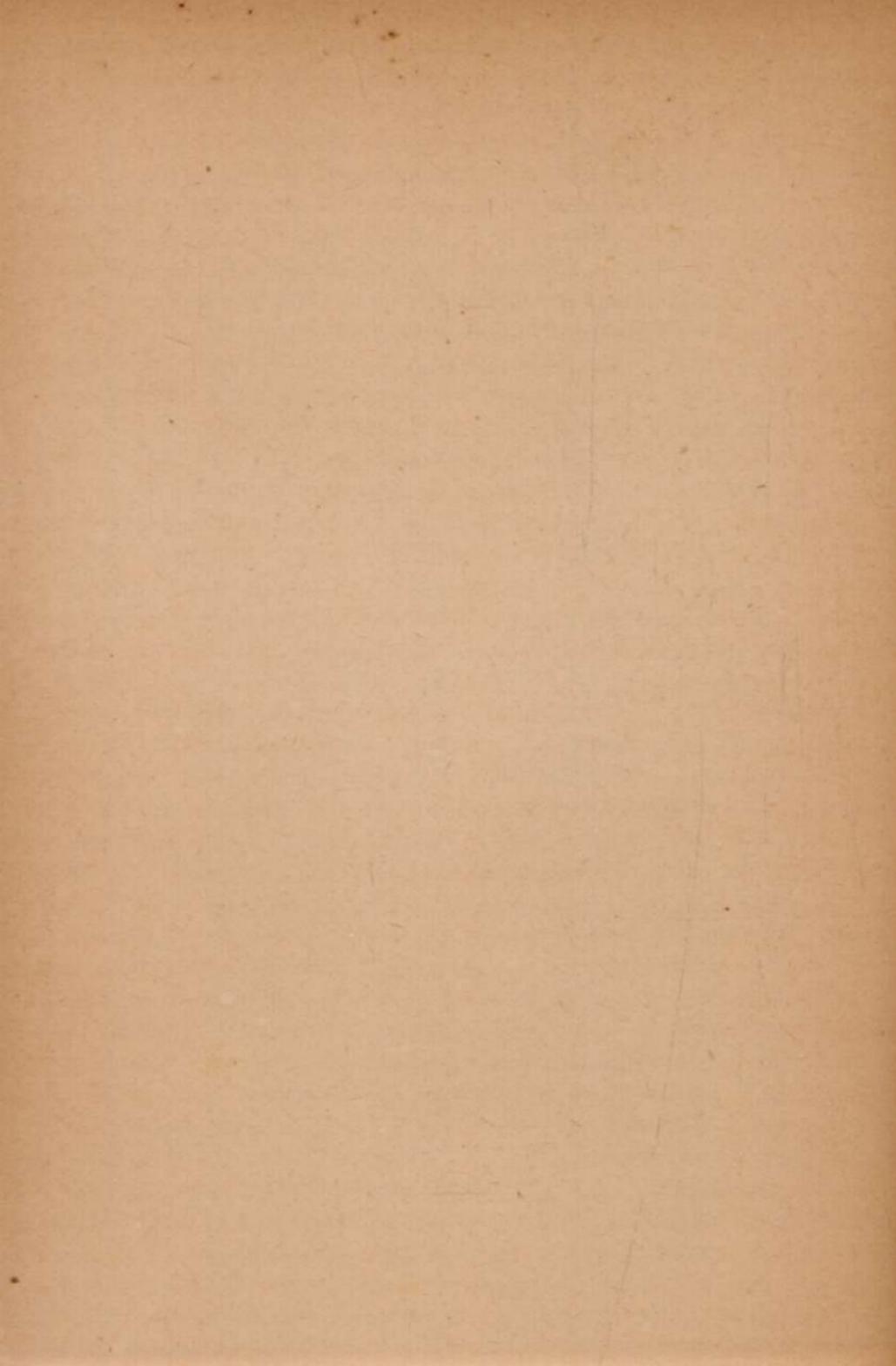
Un viejo camarada llegó a verme,
y de su voz el familiar encanto
siento cómo despierta todo cuanto
en mi florida adolescencia duerme.

El eco de su voz mis ojos cierra ;
me hace soñar con cielos de zafiro,
y oyéndole, parece que respiro
los cálidos perfumes de mi tierra.

De pronto surge una silueta amada :
—¿Y Fulana? — pregunto, todo ansioso...
La voz amiga tiembla emocionada,

y una infinita palidez me cubre
la faz cuando suspira : — ¡ Halló reposo
con las últimas rosas de este octubre !

FIN



INDICE

págs.

Brindis.	7
Tardes de Xochimilco.	9
Nocturnos urbanos.	39
El caballito.	47

ALMA AZTECA

I.—El indio.	49
II.—La sombra heroica.	51
III.—La voz de Cuauhtémoc.	53
IV.—El desierto.	55
V.—La estación.	57
VI.—El tambor de los yaquis.	59
VII.—La soldadera.	61
VIII.—El fusilamiento.	63
IX.—El charro.	65
A una mexicana.	67
Don Benito Juárez.	69

TIERRA CALIENTE

I.—La jarana.	71
II.—Los cenotes.	73
III.—La hamaca.	75
IV.—La garza.	77
V.—El caimán.	79
VI.—Los jaguares.	81
VII.—Los venados.	83

LAS CIUDADES DE MÉXICO

I.—Mérida.	85
II.—Guadalajara.	95
Campeche.	105
I.—San Juan de Teotihuacán.	111
II.—Las piedras oran.	113
III.—Saludo al sol.	115
IV.—La ciudad muerta.	117

San Luis de Potosí.	119
Las vírgenes.	121
Horas fugaces.	123
Soledad.	127
Sombra.	129
Hojas secas.	131
Estrella lejana.	133
Música de otoño.	135
La princesa encantada.	137
Ritornelos.	141
Oración.	153
La ciudad muerta.	157
La casa muerta.	159
La hora familiar.	161
Fantasia morisca.	163
Myosotis.	167
Aurora triste.	185

VELADAS DE AMOR (1901-1903)

Vaguedad de otoño.	189
---------------------------	-----

VELADAS DE SUAVIDAD Y DE TRISTEZA

Horas grises.	193
¡Pietà, signor!	195
Página blanca.	199
Crepúsculo.	201
Perfume de otoño.	203
Ensueño de un crepúsculo de estío.	205
Madrigal.	207
Pastorela.	209
Nocturno de ruiseñor.	211
Nocturno.	213
Invernal.	215
Acuarela.	217
Noche de invierno.	219
Los ojos muertos.	221
La canción de las hojas.	223
Ensueño de una mañana de primavera.	227
Canción de juventud.	229
Responso.	231
Rimas de amor.	233
Anunciación.	243
El poema de la carne.	245
Sonetos.	257

BIBLIOTECA SOPENA

TOMOS PUBLICADOS

- 1.—**La Gloria de don Ramiro**, por Enrique Larreta.
- 2.—**La Ginesa**, por Carlos María Ocantos.
- 3.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 1.^o), por Mateo Alemán.
- 4.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 2.^o).
- 5.—**El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 6.—**Novelas Ejemplares** (tomo 1.^o), por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 7.—**Novelas Ejemplares** (tomo 2.^o).
- 8.—**La Galatea**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 9.—**Los Trabajos de Persiles y Sigismunda**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 10.—**La Caravana**, por Eduardo Marquina.
- 11.—**León Zaldívar**, por Carlos María Ocantos.
- 12.—**El Quijote Apócrifo**, por Alonso Fernández de Avellaneda.
- 13.—**Como un sueño**, por A. G. Barrili.
- 14.—**Los Lobos y el Cordero**, por J. S. Fletcher.
- 15.—**Historia de la vida del buscón llamado don Pablos**, por Francisco de Quevedo y Villegas.
- 16.—**¡Misericordia!**, por M. Martínez Barriónuevo.
- 17.—**Eros**, por Juan Verga.
- 18.—**Floración**, por Rafael López de Haro.

- 19.—**La Juventud de Aurelio Zaldívar**, por A. Hernández Catá.
- 20.—**Las espontáneas**, por Manuel Ugarte.
- 21.—**La Novela del Honor**, por Rafael López de Haro.
- 22.—**El Alcázar de las Perlas**, por Francisco Villaespesa.
- 23.—**Entre todas las mujeres**, por Rafael López de Haro.
- 24.—**Novela Erótica**, por A. Hernández Catá.
- 25.—**El lacayo**, por Eduardo Zamacois.
- 26.—**Quillito**, por Carlos María Ocantos.
- 27.—**Beso de Oro**, por Eduardo Marquina.
- 28.—**Entre dos Luces**, por Carlos María Ocantos.
- 29.—**Bestezuela de amor**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 30.—**El Olmo y la Yedra**, por A. G. Barrili.
- 31.—**El Libro del Amor y de la Muerte**, por Francisco Villaespesa.
- 32.—**El Candidato**, por Carlos María Ocantos.
- 33.—**Sobre el abismo**, por Eduardo Zamacois.
- 34.—**La imposible**, por Rafael López de Haro.
- 35.—**Bodas trágicas**, por Eduardo Zamacois.
- 36.—**La Pícara Justina**.
- 37.—**Al borde del pecado**, por Alvaro Retana.
- 38.—**El Sátiro Priapo y la Diosa Hebe**, por Serafín Puertas.
- 39.—**Fuegos fátuos**, por A. Hernández Catá.
- 40.—**El Diablo Cojuelo**, por Luis Vélez de Guevara.
- 41.—**Tobi**, por Carlos María Ocantos.
- 42.—**Aben-Humeya**, por Francisco Villaespesa.
- 43.—**Los sueños**, por Francisco de Quevedo y Villegas.

- 44.—**Punto - Negro**, por Eduardo Zamacois.
- 45.—**Pelayo González**, por A. Hernández Catá.
- 46.—**El Tesoro de Golconda**, por A. G. Barrili.
- 47.—**Promisión**, por Carlos María Ocantos.
- 48.—**El Salto de la Novia**, por R. López de Haro.
- 49.—**Memorias de una Cortesana** (tomo 1.º), por Eduardo Zamacois.
- 50.—**Memorias de una Cortesana** (t. 2.º).
- 51.—**El último Contrabandista**, por Carmen de Burgos.
- 52.—**Collar de Perlas**.
- 53.—**Siempre viva**, por A. Martínez Olmedilla.
- 54.—**El Maestrante**, por A. Palacio Valdés.
- 55.—**A flor de piel**, por Antonio de Hoyos y Vinent.
- 56.—**La noche del sábado**.—**Lo Cursi**, por Jacinto Benavente.
- 57.—**El Seductor**, por Eduardo Zamacois.
- 58.—**La procesión de los días**, por W. Fernández-Flórez.
- 59.—**La hermana San Sulpicio**, por A. Palacio Valdés.
- 60.—**Siervo y tirano**, por A. Martínez Olmedilla.
- 61.—**Las sensaciones de Julia**, por Rafael López de Haro.
- 62.—**Loca de amor**, por Eduardo Zamacois.
- 63.—**La Celestina**, por Fernando de Rojas.
- 64.—**Duelo a muerte**, por Eduardo Zamacois.
- 65.—**Frivolidad**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 66.—**La enferma**, por Eduardo Zamacois.
- 67.—**Sirena**, por Rafael López de Haro.
- 68.—**Tik-Nay**, por Eduardo Zamacois.
- 69.—**Los emigrantes**, por A. de Hoyos.
- 70.—**Incesto**, por Eduardo Zamacois.

- 71.—**Doña Isabel de Godínez**, por Vázquez Yepes.
- 72.—**Amar a obscuras**, por E. Zamacois.
- 73.—**Las perversas**, por Augusto Martínez Olmedilla.
- 74.—**Misia Jeromita**, por C. María Ocantos.
- 75.—**Noche de bodas**, por E. Zamacois.
- 76.—**Mors in vita**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 77.—**De carne y hueso**, por E. Zamacois.
- 78.—**Antología de poetas americanos**.
- 79.—**La sugestión de América**, por José Costa Figueiras.
- 80.—**Las fraguas de la fortuna**, por José Costa Figueiras.
- 81.—**La vejez de Heliogábalo**, por Antonio de Hoyos y Vinent.
- 82.—**Dominadoras**, por R. López de Haro.
- 83.—**La hora de la caída**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 84.—**¡Muera el señorito!** por Rafael López de Haro.
- 85.—**El poema eterno**, por Enrique Anibal.
- 86.—**El país de los medianos**, por Rafael López de Haro.
- 87.—**Rosa de Sevilla**, por J. Ortiz de Pinedo.
- 88.—**Poseída**, por Rafael López de Haro.
- 89.—**El pobrecito hablador**, por Mariano José de Larra.
- 90.—**Artículos y poesías**, por Mariano José de Larra.
- 91.—**El doncel de don Enrique el doliente**, por Mariano José de Larra.
- 92.—**Teatro**, por Mariano José de Larra.
- 93.—**La ciudad de los ópalos**, por Francisco Villaespesa.
- 94.—**Esfinges de acero**, por J. Ortega Muñilla.





Precio: 2'50 ptas.